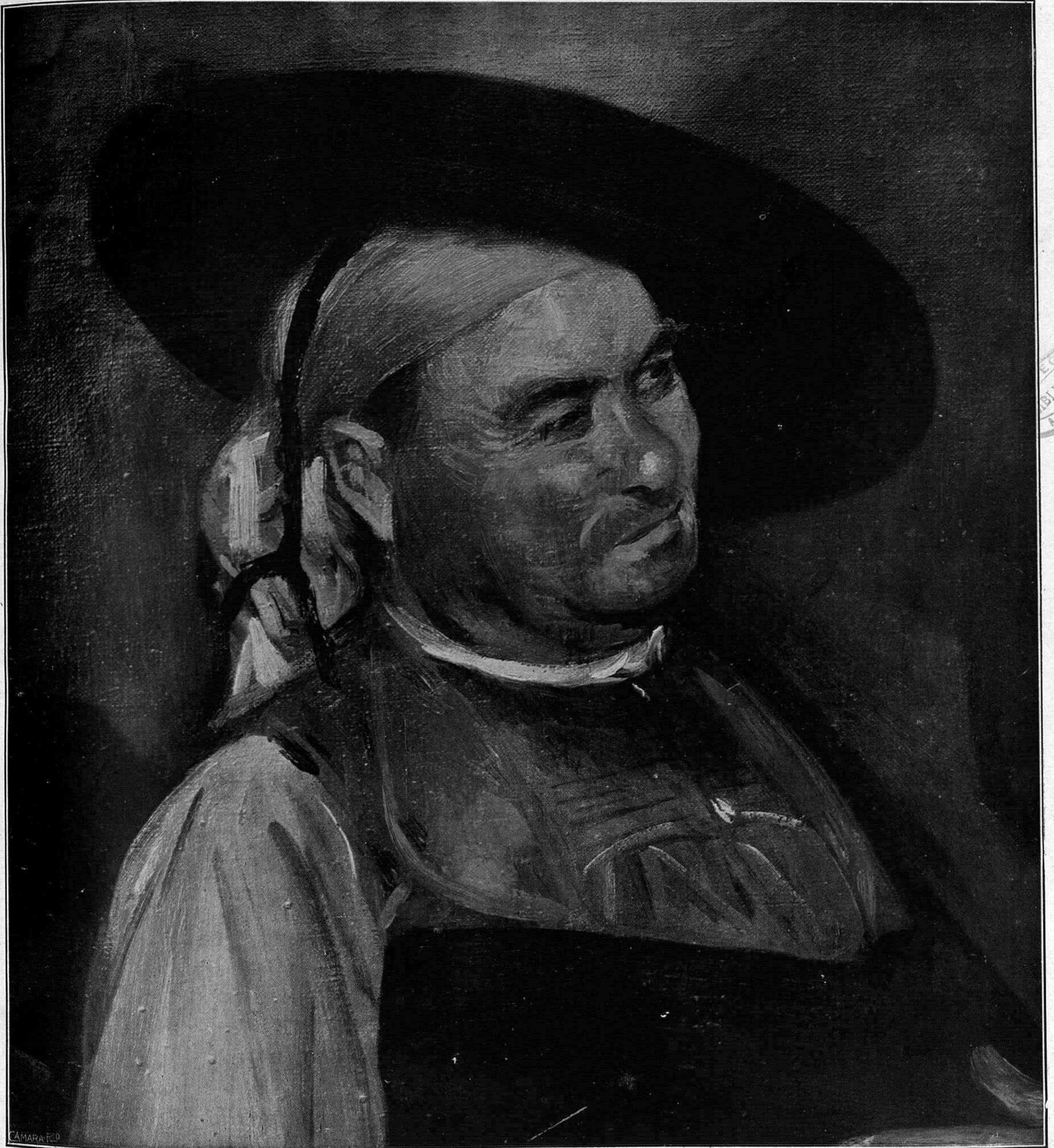


La Esfera

16 Septiembre 1916

Año III.—Núm. 142

ILUSTRACION MUNDIAL



DE LA HUERTA MURCIANA, fragmento del cuadro "Los mosquitos", de Carlos Vázquez

DE LA VIDA QUE PASA
FELIPE TRIGO

Yo, que le estimé tanto como literato, aún le estimé más como hombre. Flor y espejo de caballeros era Trigo en medio de la gallofa y hamponería literaria, gente toda ella desahorada y grotesca, hinchados de fatuidad y ayunos de sentido moral, hez de las tertulias y remanente de los garitos... Un caballero ante todo, altivo sin pretenciosidad, digno sin seguridad, servicial, afable, sin envidias y sin maledicencia.

Entre tanto embelesco vivo, «mentira con alma, fábula con voz», como diría Quevedo, destacaba Trigo, que era «nada menos que todo un hombre», más vibrante y más impetuoso que los otros hombres de su época cuando «se ponía» el problema sexual. A nadie afectó tan intensa—y tan dolorosamente, en lo más hondo é íntimo de los sentimientos humanos—la valiente resolución del problema que había de poner en dispersión otra

moral caduca é implantar una moral nueva. Y, sin embargo, Trigo, sacrificándolo todo (¡todo!, y algunos saben qué trágico alcance tiene la frase) afrontó el problema con valentía, y lo resolvió con noble independencia de espíritu. Allí donde otros nos detenemos sobrecogidos de espanto ó ante las conveniencias sociales, ante el respeto á la vida íntima, ante los afectos familiares, él, gallardamente, lo arrojó todo y fué consecuente con sus doctrinas. El fervor apostólico de un Eliseo Reclús, nimba en ciertos momentos de su vida la frente de Trigo... Educó á sus hijas á la europea, hizo todo lo posible por no esclavizarse jamás á la moral convencional y confesional, llevó hasta el último límite sus doctrinas. Y él era, en el fondo, sin embargo, un buen burgués español que vivió largos años desterrado en una parda y soleada ciudad de Extremadura, «rincón el más apartado é inculto de Europa», como dijo Josef Cardaro. Y allí vegetó largo tiempo, en tertulias de rebotica y de Casino, vegetando en la parda mediocridad que tan vigorosamente ha descrito en *El médico rural*. Y su familia era la perfecta familia del burgués español, con numerosos hijos...

Evoco bien el día de mi presentación á Trigo en el lejano año de 1905. Dieciocho años tenía yo (¡oh, mis dieciocho años muertos entre las hojas de los libros!) cuando en una casa de la calle de Galileo, que tenía un patio á usanza manchega ó extremeña, conocí al autor de *Las Ingenuas*, por quien mi impetuosa crítica juvenil había roto lanzas. ¡Ah, qué emoción más profunda me causó conocer al autor de *La sed de amar*!... El rebelde, el que yo creía apóstol del amor libre, el terrible y furibundo detractor de la moral convencional, el autor vibrante y ya ungido en el Rheims de Mérida con la consagración de la celebridad, después de publicar *Las Ingenuas*, era un emocionado padre de familia, con una es-



El popular escritor D. Felipe Trigo, en el jardín del hotel en que vivía en la Ciudad Lineal, con su hija Consuelito y el guardián de la casa

(Fotografía obtenida recientemente por nuestro compañero Campúa)

posa de aspecto bondadoso y risueño, dos hijas que eran dos adolescentes en flor (¡oh, los verdes ojos de Luisa y el cutis mate y los negros puntitos de luz en la mirada de aquella morenita española que era Julia á los diecisiete años!) y una turbamulta locuaz y ruidosa de chiquillos...

Sentí entonces algo como la impresión que sentían los discípulos de Eduardo de Hartmann al visitarle y verle rodeado de fresca esposa y sonrosados hijos; la vacilación en la fe, la duda del pesimismo, la incertidumbre de que el autor de *La Filosofía de lo inconsciente* llegase á realizar el propuesto suicidio cósmico. Con Trigo mi duda era otra: que, dadas sus condiciones de vida, fuese un renegado de su causa y no practicara sus doctrinas. Acaso sólo un muchacho joven y soltero, impávidamente soltero, era el único que podía ser fiel al concepto del amor difundido en las páginas de *Las Ingenuas* y *La sed de amar*. Y yo, prologuista entusiasta y férvido de *La Altísima*, salí de casa de Trigo (lo confieso), con cierta dolorosa decepción... Pero fueron pasando los años y Trigo educaba á sus hijas como proponía en sus novelas que se debiera educar á todas las mujeres de España...

Y ya entonces vi en él no sólo al platónico paradójico que sabía disertar sobre el amor, sino al que vibraba á compás de sus doctrinas. El mismo atormentó su vida por no hacer traición á sus convicciones en el problema sexual. No fué un teorizante sólo, no; infortunadamente, fué también un practicante. Por encima del hombre epicúreo, satisfecho de su nombradía y de sus ingresos, por encima del autor mimado del público, de vida regalona y fastuosa, por encima del socio del Casino con su gran automóvil rojo, yo vi siempre en Trigo el atormentado, el místico, el hombre triste...

Recuerdo que leyendo á D. Francisco de Que-

vedo en *Las zahurdas de Platón*, al llegar al pasaje que dice: «Estaba luego un triste autor...» siempre, por un caso de cerebración inconsciente, saltaba en mi memoria la imagen de Trigo. Tantas veces como leí el bello libro, tantas veces se me ofrecía á la mente Trigo con su balumba de obras... ¿Por qué no se me venía á la mente la imagen de Nervo, siempre tan pensativo, ó de Rubén Darío, tan meditabundo...

Pues no; había algo extraño; pero era así. Siempre aquel misterioso autor, en el cual no se ha podido aún averiguar qué pérfida ilusión encerraba Quevedo, hasta que algún nuevo anagramatista á la manera riveriana, nos lo señale, que lo represente como Felipe Trigo, con su semblante enjuto y acribillado por los machetes tagalos, con sus ojos cansados, con su sonrisa falsa...

Diez años ha que escribí el prólogo de *La Altísima*. Y con el cieno de vida que sobre

mí ha pasado y las dolorosas decepciones y las amarguras vitales y todo el presentimiento de un irremediable cansancio, puedo asegurar que si hoy ya no escribiría con el ímpetu y brío, con el ardor sagrado de la juventud, otro nuevo prólogo gemelo, al menos no rectificaría gran cosa de aquel antiguo... Y si rectificase sería más bien por cierto desdén de la forma que hoy ya no alabo, y que entonces me complacía en Trigo como revelación de un temperamento fogoso. Pero el ímpetu de novelista, la vibración primera... ¿quién podrá negársela al que ha escrito tan acabadas novelas como *Las Ingenuas* y *Reveladoras*?

Tal vez hoy escribiera un prólogo más mesurado, más comedido, más sensato (esa es la palabra); pero ¡quién pudiera volver á escribir otra vez como á los dieciocho años! ¡Y quién os volviera á revivir, tarde cálida de Junio, patio morisco de la calle de Galileo, ojos verdes de Luisa, puntitos de luz de los ojos de Julia!... ¡Quién os pudiera volver á mirar... con los ojos ingenuos de los dieciocho años!... ¡Pobre Felipe!

Ahora que estás, quién sabe dónde, donde quiera que sea, fuera del mundo, *every where out of world*, piensa que, en último extremo, no hiciste sino proceder noblemente, y que tu vida pudo ser equivocada, pero fué generosa, como tú mismo dices en el documento póstumo. Y siempre te recordaremos aquí unos cuantos que te fuimos fieles á la amistad, sin molestarte diariamente, ni importunarte con una solicitud pegajosa, siempre te recordaremos sí, pensando en ti con aquellas frases del inmortal encarcelado de San Marcos: «Estaba luego un triste autor...»

ANDRES GONZALEZ-BLANCO

Luanco (Asturias), Septiembre 1916.

ESCULTURAS MARIANAS

La solemne y reciente coronación de la Virgen que se venera en el santuario de Nuestra Señora de Queralt, situado en las inmediaciones de Berga, autoriza á ciertos comentarios iconológicos é iconográficos acerca de las numerosas imágenes escultóricas que de pretéritos siglos se conservan en España.

La iconografía escultórica mariana de los períodos románico y gótico en España es extensísima, y realmente no se le ha consagrado la atención que merece. Los viejos templos de Castilla, Cataluña, Aragón, Vasconia y Asturias, conservan admirabilísimas imágenes de la Virgen María de inapreciable mérito documental para estudiar su evolución artística, ajustada de un modo exacto y coetáneo á las diversas tendencias europeas de aquellas épocas.

Notoriamente influidas, incluso; porque así como el colosal Pórtico de la Gloria, obra del maestro Mateo, responde al concepto escultórico de los emigrados de Provenza, y así como algunas iglesias catalanas muestran la estética sumisión á la escuela lombarda, idénticas asimilaciones del estilo carolingio é italiano se encuentran en las imágenes de la Virgen que se conservan de los siglos X al XV. Y si, marcadamente, característicamente españolas son, por ejemplo, la de la iglesia de la Merced, en Barcelona, y la famosa de Sevilla, nombrada «de las batallas», por llevarla consigo San Fernando en los combates, notoriamente francesa es la Virgen de la Vega, en plata esmaltada, de Salamanca, la del Tesoro de la catedral de Toledo y la del Claustro de Solsona, que, por su finísima talla y por su arcaica belleza, muy siglo XII, puede competir, según afirma Pijoan, «con las reinas del pórtico de Chartes y de San Dionisio, de París.»

Todas estas imágenes marianas responden á un mismo criterio de interpretación, salvo de-



La Virgen de Queralt, á la que se ha puesto recientemente una corona que vale 18.000 duros. FOT. BALLELL

talles secundarios que indican tímidas tentativas de personalidad en el artista ó caracteres evolutivos de una á otra escuela.

A fines del siglo XII las vírgenes empiezan á sonreír. Antes tienen facies inexpresivas, duras, de una aspereza que la maestría del artífice no lograba atenuar. También á partir de esa época el plegado de los paños es más correcto y gracioso, pierden la anterior monotonía simétrica y retrotraen al espíritu el recuerdo elegante de las clásicas pagánas. El Niño Jesús comienza también á volverse un poco hacia su Madre, respondiendo con su infantil sonrisa á la que en los labios de ella se insinúa. Se humanizan, al fin, ambos, como una promesa de lo que habrá de significar en lo sucesivo la iconografía mariana en la escultura y en la pintura: una madre que sostiene en brazos á su hijo.

El ilustre escritor, tan culto en cuestiones estéticas, Ricardo del Arco, establece en su *Iconología Mariana en la provincia de Huesca*, una acertada división con arreglo á las diversas formas de las esculturas y á la época en que fueron talladas: *Hierática, de transición y humana*.

La primera pertenece á los siglos X, XI y XII. La segunda comienza en los albores de la época ojival y finaliza en los comienzos del siglo XV. La tercera, aunque concretamente no la limita el señor del Arco, podríamos prolongarla hasta fines del siglo XVI.

De uno y otro período podemos añadir á la del Santuario de Queralt, y las de las Batallas, de Sevilla, del Claustro, en Solsona, de la Vega, en Salamanca y de la Merced en Barcelona, las de la Seo de Lérida (Puerta de Infantas); de la Catedral, de Tarragona; de Santa Clara, de Huesca; la de Arraro (Panzano), y la de la Soterraña, en Avila, bárbaramente mutilada para vestirla con una túnica y un manto anacrónicos.

SILVIO LAGO

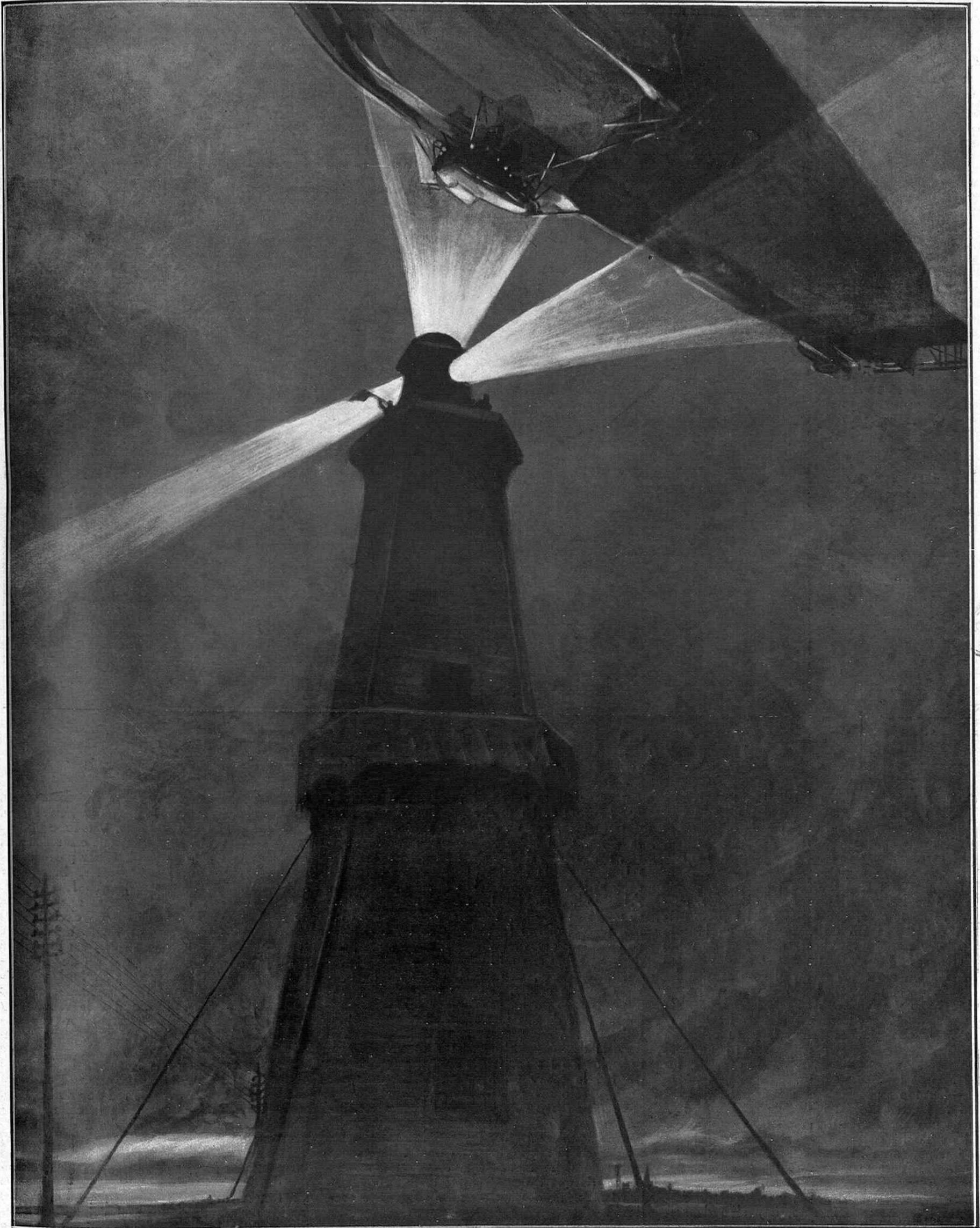
LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



TIPO SEGOVIANO, fragmento de un cuadro de Alvarez Sotomayor

LA GUERRA EN EL AIRE



ADRID

UN ZEPPELIN ORIENTÁNDOSE EN LA NOCHE CON AUXILIO DE LAS LUCES DE UN FARO

CUENTOS ESPAÑOLES



LOS MUEBLES

NO recuerdo quién inició la conversación, y ahora me parece que debió ser él mismo, porque sólo el deseo de contarnos su historia explica que se hable de locos en el tren, en lugar de hablar de toros ó de política. Mi mujer, que estaba á punto de adormecerse sobre los cojines del respaldo, se desveló en cuanto lo oyó hablar, y me ha confesado después, aunque yo no lo creo, que á pesar del aspecto normal del compañero de viaje, tuvo un instante miedo, y recordó vagamente anécdotas de robos y crímenes cometidos entre dos estaciones distantes. En fin, sea como fuera, el caso es que, inclinado hacia nosotros, habló durante casi todo el trayecto y nos tuvo, más que interesados, sugestionados. Me parece ver aún su frente muy convexa, con grandes entradas, y su cabellera fosca, en torno á la cual revoloteaban lentamente innumerables partículas de polvo que se hacían luminosas en los haces de sol.

—Cuando se conozca el mecanismo del cerebro verá usted cómo mi idea de que toda locura es una superioridad abortada, se comprueba. El pueblo ha condensado esta creencia, hija de su instinto, en un adagio: «Ningún tonto se vuelve loco». Y tiene razón; repare usted que los hombres superficiales mariposean sobre muchas ideas sin ahondar en ninguna, y que en todo descubrimiento, en todo invento, hay algo de manía. Al sabio le es preciso concentrar la atención y aislarse de modo que su inteligencia se

proyecte íntegra sobre el problema á resolver. De Newton se ha escrito que iba, á veces, sin darse cuenta, con un pie en la cuneta y otro en la acera. Casi todos los sabios, antes de triunfar, tienen fama de locos... El loco, por lo general, ve una sola idea, ya perfecta, ya defectuosa, y se le oscurece ó aclara el resto del mundo. Al sabio le ocurre igual... Sólo que la calidad de su manía es superior. Yo no digo que sea lo mismo, pero sí que el funcionamiento cerebral ofrece en ambos casos tal analogía, que vale la pena de basar sobre ella mi hipótesis... Y esta hipótesis, mejor dicho, esta teoría, no se me ha ocurrido así, de pronto, sino por experiencia personal... porque yo he estado loco ó casi loco, y fué á causa de una idea razonable llevada á esa insistencia, á ese exclusivismo que en unos produce el descubrimiento genial y en otros la perturbación de las facultades mentales. ¿Que cómo fué la cosa? Hará próximamente unos dos años, y sólo me duró quince días...

Cruzábamos por un puente de hierro, y el estrépito dominó su voz. Yo aproveché la pausa para tranquilizar á mi mujer con una mirada. La rapidez de la marcha daba la ilusión de que los surcos de tierra labrantía se curvaban á nuestro paso y de que las montañas, á lo lejos, cambiaban lentamente de sitio. Nuestro compañero continuó:

—Yo preparaba mi doctorado y acababa de pasar una enfermedad de la que salí débil. El es-

tudio por una parte, y por otra algunos excesos, debieron influir. El caso es que un día, en el baño, noté que estaba muy delgado, y tuve de pronto miedo de morirme. Esta idea, que era razonable, ¿verdad?, me hizo enseguida tomar precauciones excesivas. Compré reconstituyentes, busqué en la cuarta plana de los periódicos los anuncios más increíbles, y cegándome para una cosa que no hubiera dejado de advertir en circunstancias normales, llevaba medicinas y más medicinas á la mesa de la casa de huéspedes, sin reparar en los guiños y en los codazos que sin duda se dieron mis compañeros más de una vez burlándose de mí. Yo había sido siempre descuidado, con ese descuido que dan la juventud y la robustez, y por eso mi cambio debió de llamarles más la atención. Me daba grandes caminatas, tomaba duchas, me acostaba temprano y ajustaba mi vida á los preceptos de la más incómoda higiene; no daba la mano sin guantes, por temor á cualquier contagio; llegué á sufrir de sed por no beber en vasos anónimos, y á veces, en la calle, un vehículo distante aún, me obligaba á dar un salto para esquivarlo, como si me fuera á atropellar. Compré un termómetro, un botiquín, tomé todas las precauciones y, sin embargo, la idea, en lugar de debilitarse ó de estacionarse siquiera, se iba fortificando, iba aboliendo todas las demás, me iba poseyendo con ese exclusivismo que constituye, al fin, la manía. Ver un entierro me ponía tan nervioso, que los adivinaba desde lejos y

CAMARA-FOTO

daba grandes rodeos para rehuirlos. No tardé en conocer dónde estaban casi todas las funerarias, y si me veía obligado á pasar por delante de una con algún amigo, cerraba los ojos. Porque esta tortura, este acaparamiento por la idea y el temor de la muerte, me dejaban apto para la vida cotidiana, como si por automatismo los antiguos resortes permitieran al cuerpo no descubrir el secreto que detrás de la frente corroía la razón poco á poco. Yo no me explico cómo al oírme hablar, al verme sonreír, mis amigos no advertían el esfuerzo que me costaba. El pensamiento era ya tan tenaz, que soñaba con él; todas las luces eran para mí blandones, todas las zanjadas de la calle sepulturas, todos los coches carros fúnebres; los días nublados me parecían días á propósito para morir, y los días de sol me traían también, por contraste, la visión de la muerte. A veces, me agarraba á una baranda, al brazo de un amigo, á un invisible sostén á la vida que mi mano buscaba crispada en el aire. Las plazas me daban una sensación de vacío ó de torbellino, más bien. ¡Me tenía que morir! ¡Me tenía que morir! Al dolor pasivo y resignado de desaparecer, sucedió un sentimiento de protesta y de ira: yo hubiera querido morirme en un cataclismo general, convencido, después de pensar mucho, de que era imposible engañar á la muerte; pensaba con agrado en un choque interplanetario, y desde mi ventana, por las noches, miraba con simpatía á las grandes estrellas que parpadeaban dulcemente en el cielo y que de un enorme topetazo podrían concluir con todo; entonces pasaba horas y horas pensando en mis parientes, en mis amigos, en los conocidos que morirían si una de aquellas estrellas se decidiera... Moriría mi madre y la patrona, moriría Julio Noesé, tan orgulloso de ser pasante de García Nieto, que moriría igualmente, sin llegar á ser ministro; moriría aquel señor de barba cana que iba todas las tardes en el mismo tranvía que yo y se bajaba frente á la Biblioteca Nacional; moriría la señorita que bailaba en el Circo sobre los lomos de un caballo, y moriría también el caballo... Lo que me ponía furioso era la idea de morirme yo solo, de que me llevarán por las calles dentro de una caja entre la indiferencia de la gente, y de que á los dos días, evaporadas unas cuantas lágrimas y absorbidos por las preocupaciones perentorias unos cuantos recuerdos, quedase todo como si yo no hubiera pasado por el mundo. Creo que si entonces un poder omnívoro hubiera puesto en mi mano una inmensa hoz con que segar de un golpe toda la Humanidad, habría sido asesino... Lo he sido casi, porque más de una vez, ferozmente, he hecho el movimiento de segar, así, de un tajo solo... ¡rás! Me complacía matando moscas, pisando hormigas, destruyendo pequeños objetos, viendo mustiarse las flores, y no era por un goce abstracto del mal, sino para convencerme á mí mismo de que aquellas cosas morían antes que yo. Lo primero que leía en los periódicos eran las esquelas de defunción, y un absurdo sentimiento de gratitud hacia los que ya se habían muerto me hacía aprender sus nombres de memoria.

Una detención brusca del tren, que nos hizo cabecear, originó otra pausa. Bordoábamos un talud, y abajo, en la vasta planicie, varios pueblecitos parecían rebaños. Sin atreverme á mirarla directamente, vi reflejarse en el cristal las pupilas dilatadas de mi mujer. Cuando la marcha se volvió á acelerar, ella y yo, con tácito propósito de cortar, por falta de atención, la historia, miramos el paisaje, viendo pasar á regulares intervalos los postes, que más parecían entorpecer que sostener á los cinco hilos vibrantes y casi sonoros del telégrafo. El silencio y la quietud de nuestro compañero nos obligó, también por miedo tácito, á volver las cabezas, y lo encontramos en la misma actitud, esperándonos para proseguir:

—Una tarde, fui con varios amigos á visitar una almoneda de muebles, y allí fué donde mi «idea», que hasta entonces había sido una idea razonable, exacerbada si se quiere, pero razonable, tomó el aspecto monstruoso que caracteriza la locura.. Ibamos entre una doble fila de bargeños, de mesas, de consolas, de aparadores, cuando por invitación de quien enseñaba los muebles nos detuvimos ante un armario normando. Me parece verlo todavía: era un armario enorme, venerable; en el centro de las dos piezas de roble que formaban sus puertas, sendos motivos ornamentales, tallados en relieve, daban una idea de fortaleza y de prosapia; las bisagras se prolongaban en rameados nervios de cobre, incrustándose en las puertas para sostenerlas mejor; ninguna de las molduras, ninguna de las cornisas, era encolada; todo macizo, con sus patas un poco divergentes del mueble, estaba ante nosotros erguido, incommovible, con un indudable gesto de superioridad y de ironía que quizás no hubiese advertido si el maldito hombre de la exposición no nos dice: «Miren que mueble: tiene lo menos siglo y medio y vivirá más que nuestros hijos; un mueble como este es inmortal y puede mirarnos por encima del hombro.» Salimos; pero ya llevaba yo la idea en el cerebro, como se llevan en el cuerpo los gérmenes de una enfermedad mucho antes de que se manifieste. Toda la tarde la pasé haciendo esfuerzos para olvidarme de aquel armario; estuve invitado á cenar y no sé siquiera lo que comí. Veía dentro del plato las dos rosetas talladas en las puertas y el adorno de lechuga y de huevo de un pescado, se ennegreció de pronto á mi vista, se desfiguró, y tomó el aspecto de la cornisa... Yo hablaba, respondía á las preguntas, alterné en las conversaciones, y, sin duda, nada dije anormal cuando nadie se sorprendió; pero de lo que si estoy seguro es de que no pensé en nada de cuanto dije, de que fui

sólo una boca que habla, porque mi actividad entera se empleaba en condensar y sacar corolarios múltiples á esta idea, ramificándola ya en imágenes, ya en consecuencias, ya en ejemplos: «Todas las obras del hombre viven más que él; todas las obras del hombre son como los hijos del pelícano, que se alimentan de las entrañas del padre, las cosas tienen una actitud de mofa cruel para los hombres y los ven pasar entre crujidos de sarcasmo; ¡aquel armario nos miraba de una manera!...» Al salir, como tenía miedo á que la gente notase las angustias de mi pensamiento, me dirigí á mi casa; pero antes, para contrarrestar mi obsesión, entré en una librería y compré una de esas novelas que las gentes llaman muy entretenidas. Me acosté y me puse á leer... á intentar leer. Creo que era la historia de un policía de talento tan extraordinario, que resultaba estúpido que se resignase á tal oficio... Aunque su talento no debía ser tan grande cuando no veía lo que veía yo entre los renglones: innumerables imágenes del armario normando que me miraban con sus dos rosetas de talla y me sonreían con la risa de cobre de sus goznes, diciéndome: «¡Cuando tú ya no seas nada, ni siquiera polvo, yo estaré aquí, aquí, y me abriré á la luz y á la primavera, y guardaré las ropas íntimas de alguna mujer que será hermosa, que se hará vieja y que también se irá á podrir en la tierra igual que tú, mientras yo me quedo!» En un arranque repentino, dejé el libro y me volví para soplar la luz; pero en la pared vi mi sombra en una silueta rígida, yacente... Me vi muerto con una exactitud abominable; me vi muerto como he de estar un día, y al mismo tiempo todos los muebles de la habitación—la mesa de noche, el lavabo, las sillas—empezaron á gritarme odiosamente: «¡Nosotros no necesitamos ser tan fuertes como el armario para vivir más que tú, pobre hombre; afánate, que nosotros te hemos de ver como te has visto ahora, muerto, muerto, muerto... ¡Ja, ja, ja!» Y se reían. Entonces yo sentí el frenesí de los criminales; me levanté, fui á la cocina, cogí el hacha, y volviendo de puntillas á la alcoba, para sorprenderlos mejor, me puse á asesinar los muebles. El hacha hendía cuerpos, cortaba venas, rajaba, airada, corazones—porque los muebles tienen corazón—y á cada golpe yo gritaba también, para acallar sus gritos. Ni uno quedó con vida; cuando entraron los compañeros de la casa y lograron sujetarme, ya estaban muertos todos... Me llevaron al manicomio, donde estuve seis meses, y ya estoy curado. Pero, no obstante, creo más que nunca que, en principio, mi idea era razonable y hubiera sido bella, ya que no útil como la de un sabio, de no haberla llevado al paroxismo. Seguramente, para descubrir ó inventar hay que pensar con aquella intensidad dolorosa que pensaba yo, olvidando durante seis meses el resto de la vida. Por eso estoy convencido de que cuando se estudie el funcionamiento del cerebro...

Sin poderme contener, le pregunté:

—Y de aquella idea, como usted dice, ¿no le queda nada? ¿Cuando luego ha visto usted un mueble muy sólido, este vagón, pongo por caso...

—Nada—me interrumpió—; es decir, nada violento... Además es que ya no me fijo, que mi atención, igual que la de casi todas las personas, está dispersa; pero si alguien me lo hace notar, como usted ahora, no puedo evitar que se me crispén un poco las manos y se me llene el alma de melancolía. Y es que la vida es hermosa, ¿verdad?

Un silbido trémulo rasgó el aire. Mi mujer había ido subiendo la mano poco á poco, hasta colocarla junto al timbre de alarma. Cerca de la vía un toro alzó gallardamente la cabeza, en actitud de reto.

A. HERNANDEZ CATÁ

DIBUJOS DE D'HOY



CÁMARA-F



LA HORA ROMÁNTICA

En el silencio augusto de las nocturnas horas á la ilusión se rinden las tristes soñadoras bajo la enorme cúpula del encendido azul; los sueños las envuelven en sus melancolías hechas flores y versos, canciones y armonías, como en los ténues hilos de su invisible tul.

ooo

Allá lejos, la rosa de la ilusión florece como un dulce regalo de las hadas, y ofrece la divina palabra de un galán amador, el galán de unos reinos quiméricos venido, príncipe misterioso de púrpura vestido, que trae al cinto espada y en la mano una flor.

Las estrellas lo envuelven en radiantes destellos, el aire, tibio y manso, sacude sus cabellos, tiene el paso solemne y es dorado y gentil; en sus ojos fulgura una luz de quimera y es su voz un suave canto de Primavera, la divina cadencia de un romance de Abril.

ooo

El amor acaricia las frentes sonrosadas y pone ante los ojos de sus abandonadas imágenes doradas y un nombre encantador: Ofelia mira y pasa deshojando sus flores, va rezando Julieta su rosario de amores y Desdémona llora su tragedia de amor.

¿En qué amante regazo descansará el viajero y á qué pulidas manos ofrendará el acero? ¿A quién dará las rojas flores de su rosal ¡Las románticas novias amando desesperan y en todas las ventanas unos labios esperan los milagrosos versos de un tierno madrigal.

ooo

Mientras tejen el velo de sus melancolías y ríman, sin saberlo, trémulas armonías, las soñadoras miran al lejano confín y ven al caballero del vestido escarlata navegando en la espuma de las olas de plata sobre el nevado cisne de un soñado Lohengrin.

DIBUJO DE MANCHÓN

José MONTERO

LA CONFESIÓN DE LA HEROÍNA

(LEYENDA ARAGONESA)



(La acción se desarrolla en Alquézar—perteneciente hoy á la provincia de Huesca—cuando la anarquía árabe hizo surgir los reinos de Taifas.)

EL CONFESOR.—Dáme en el corazón que tu mal, Alodia, no es tan grande como se te figura.

ALODIA.—Mire, estoy herida de muerte..., y, ojalá estuviese en un error, de muerte eterna...

EL CONFESOR. (Aterrado).—¿De muerte eterna, dices? ¡Oh! No, nadie cual tú mereció eterna vida...

ALODIA.—Oídme, padre. Estas montañas son libres por mi mano...

EL CONFESOR.—Que no tembló en degollar al tirano musulmán que asolaba esta tierra...

ALODIA.—No, padre. Por esta mano que tembló al clavar el hierro homicida... á pesar del mucho amor que sentía por su Dios y por su Patria...

EL CONFESOR. (Estupefacto).—¿Dices que tembló tu mano?

ALODIA.—Y que aún me horrorizo de mirarla... porque si libertó á su gente, asesinó á su amor...

EL CONFESOR. (Indulgente, pero curado de espanto).—¡Ah! ¡Pero, tú!

ALODIA.—Sí. Cuando el Príncipe ordenó que le llevasen á su alcázar las mozas más bellas del contorno, todos me aconsejaron que, imitando á la bíblica Judith, le quitase la vida al tirano. Con el puñal oculto en mi trenza, entregueme en manos de sus guerreros. Esperaba ser maltratada en el castillo y merecer la palma de los

mártires, y héme señora del alcázar, en suntuosa y perfumada estancia, en la que, por no faltar ni un detalle que no fuese grato, había hasta un crucifijo. Después de obsequiarme con espléndidas joyas y amorosas embajadas que sus esclavas ponían á mis pies, pidióme un día licencia para ofrecerme su homenaje; en mal hora se la concedí, porque vernos... y bajar ambos la vista, heridos de un mismo amor, fué todo uno. Cuando las sombras del anochecer empaparon la estancia, el Príncipe, cortés y rendido, salió del aposento, después de decir, haciendo una elegante y respetuosa zalema: «No temas, hermosa doncella, al verte sin más amparo que tu soledad. El mejor guardian de tu honor está en tu propia virtud y en mi enamoramiento, del que no diré que es más grande que ella porque no creas que trato de ofenderte, afirmando que haya nada que la supere...»; y yo, enteramente enamorada de él, como él de mí, me quedé pensando: ¿Y yo he de matar á este hombre, tan bueno y tan galán?

EL CONFESOR.—¡Jesús!

ALODIA.—De cuánto luché entre mi deber y mi creciente amor no es para relatado. Hasta creí posible convertir al Príncipe á mi religión y hacerle grato á todos... Los míos, con un ataque al castillo, hicieron imposible mi ilusión... Les vi vacilar, en derrota... Miré al crucifijo, me acordé de mis padres, de mi pueblo, de mi misión... El Príncipe estaba allí, á mis pies, insis-

tiendo en sus galanterías, en sus delicadezas... Manifestó deseos de besarme los pies... Accedí, y cuando él, confiado y amoroso, se inclinó rendido, le eché mi trenza al cuello como en amable caricia. Extremeciose él de felicidad, apreté el puñalito y los dos caímos al suelo: él, muerto; yo, desmayada... Y aquí me tenéis, padre, que yo no sé por qué siento mayor remordimiento: si por mi amor, ó por su muerte...

EL CONFESOR.—Puedes morir tranquila, Alodia. Dios y la Posteridad te harán justicia. Tu martirio fué más grande y más cruel de lo que imaginas. Matar á quien se aborrece será valentía. Matar, por un ideal, á quien se ama, es sublime heroísmo. Entre los mártires, en el cielo, hallarás tu recompensa...

ALODIA.—Padre, es que... Yo no sé explicaros lo que me pasa. Un pensamiento fijo anidó en mi cerebro y se revuelve y me desazona y me apena por miedo á hacer estéril mi sacrificio, por miedo á perder la Gloria... y por miedo á contestarme negativamente á una pregunta que oigo, sin cesar, dentro de mí...

EL CONFESOR.—Dímelo.

ALODIA. (Desfallecida de angustia, de vergüenza y de amor).—Allá, en el cielo, entre los mártires, ¿le hallaré á él?...

E. GONZÁLEZ FIOLE

DIBUJO DE ECHEA

EN LAS LEJANÍAS DE LA GUERRA
ENTRE TÁRTAROS Y ARMENIOS

No habrá paz jamás en estas lindes de Europa y Asia; tantas razas distintas se disputan el predominio de su territorio y tantas religiones distintas enardecen á sus habitantes. ¡Extraña tierra, que parece creadora de espíritu y de fe! Si arrancárais de ella los postes de hierro del telégrafo anglo-indio que atraviesa toda Persia y bordea Beluchistan hasta llegar á Calcuta, os creeríais viviendo en los tiempos bíblicos, acompañando al pueblo que camina hacia la Tierra de Promisión; de tal modo está en la tierra y en las almas la sencillez de la vida, la resignación fatalista, el goce de la pobreza, la esperanza en un más allá que nos será dado y que no hay que conquistar... A lo largo de los senderos, en las oquedades de las montañas, al pie de los árboles, en las miserables aldeas, vais encontrando hombres de todas las confesiones: rusos cismáticos y rusos heréticos de la secta de los *malacanes* que allí fueron desterrados, armenios gregorianos con su patriarca con honores y facultades de papa, y armenios cismáticos, según el rito griego; católicos romanos y musulmanes kurdos, y musulmanes turcos, y musulmanes árabes, y musulmanes tártaros, y musulmanes persas, en distintos grados de fanatismo y de barbarie... Y luego, la avalancha de desesperados y malhechores de todas las latitudes que acude á buscar refugio y un pedazo de pan en el infierno pestilente y desolado de las minas de petróleo, de las fuentes prodigiosas de nafta, que han hecho de Bakou arca llena de oro y nidial lleno de foragidos.

En medio de esta lucha de fanatismos y de razas, advertís que hay un pueblo esclavizado, despojado, perseguido. Armenia, como Polonia, fué una nación homogénea y delimitada étnicamente y geográficamente. Hace más de un siglo ya, la desgarraron Rusia, Turquía y Persia. Eran cinco millones los armenios que fueron vendidos, expoliados, degradados, empobrecidos. Muchos huyeron en todas direcciones; se refugiaron en los Balkanes, invadieron el centro de Europa, se exparcieron por todos los rincones cosmopolitas que

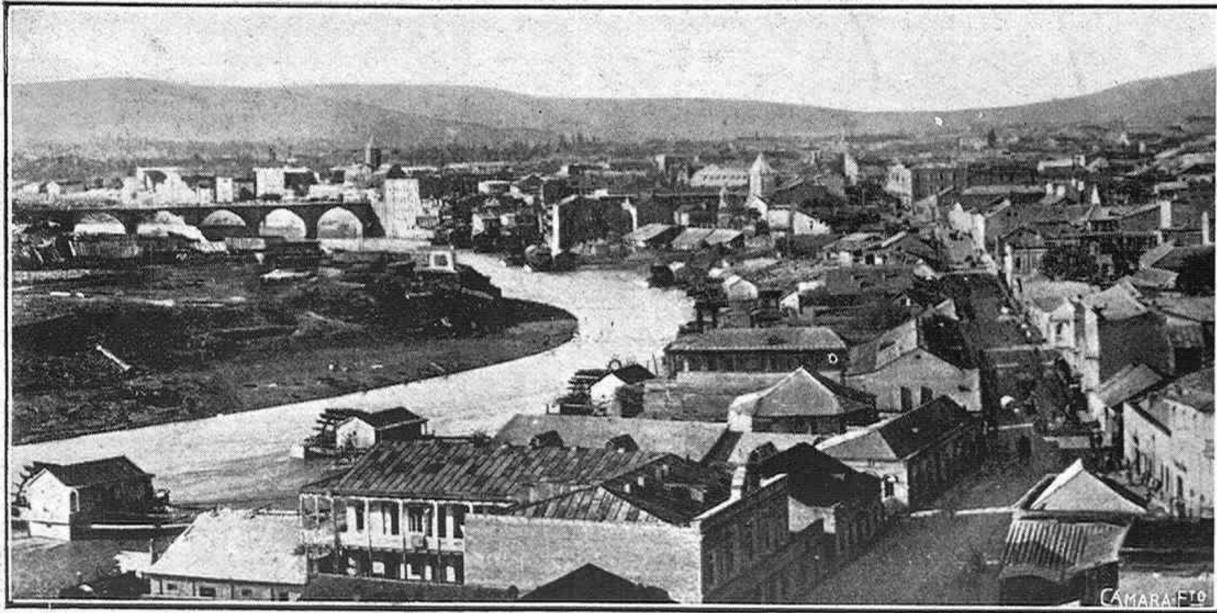
festonean el Mediterráneo, y á través del tiempo y de las generaciones, encontráis lo mismo en Marsella que en Orán, en Génova que en Trípoli, en Esmirna que en El Cairo, los puros tipos de raza circasiana, de perfiles correctos, como pudiera cincelarlos Fidias, procedentes de aquella doliente desbandada.

Es un problema que ha hecho derramar muchas veces las lágrimas de cocodrilo de la madre Europa. ¡No hay matanzas de armenios en el Cáucaso ruso. ¡Bondades del corazón moscovita!, diréis. No es eso. Es, primero, que no hay incompatibilidad en religiones. Antes al contrario, con variantes rituales, la misma fe exaltada de los primitivos cristianos late en los ortodoxos y heterodoxos rusos y armenios. Fué en esta región, sin duda, donde Tolstoi encontró más fervorosos discípulos. Pero, en cambio, si no hay luchas religiosas, si no hay matanzas, si no hay kurdos bestiales que cobran á los cristianos un diezmo de sangre, hay todos los despotismos de los poderes civiles de la Santa Rusia. Son los armenios, como todos los educados en la adversidad, gente ladina y disimuladora, ágil para los negocios y aventurada en las empresas. Así han acaparado todas las riquezas de la Armenia rusa, disputándose las solamente los persas, que tienen una tradición rapaz en las explotaciones petrolíferas, mientras que los rusos de las vertientes caucásicas viven pobres y miserables, ensimismados en sus doctrinas religiosas, y resignados y sobrios, dedica-

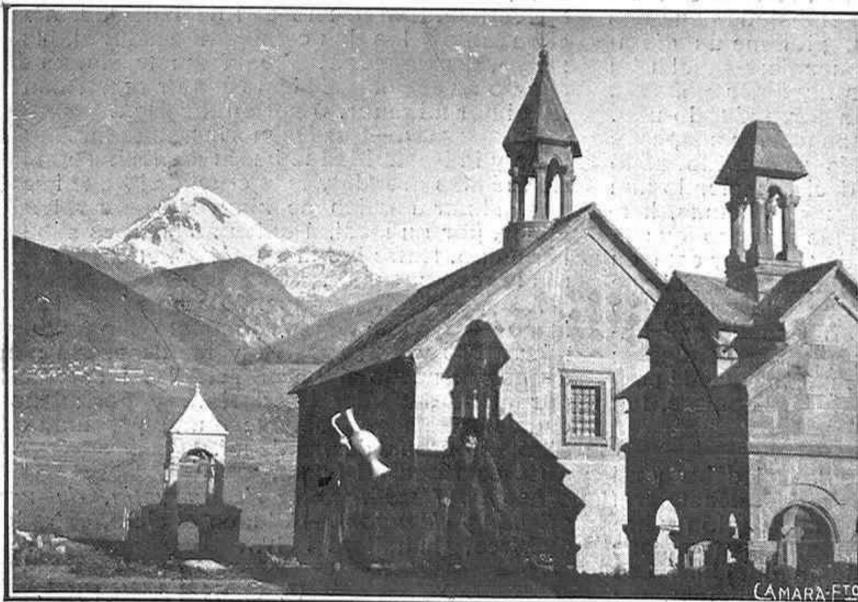
dos al trabajo agrícola y á otros oficios de más mísero rendimiento. Esto á la Rusia autócrata que gobierna le parece mal. Los armenios, á pesar del tiempo que transcurre, no se rusifican, no pierden su personalidad, no abandonan su ensueño de patria autónoma; siguen siendo los vencidos, los expoliados y los sometidos, que mientras más ricos sean, con más fuerzas se crearán para acometer la obra de su liberación. Y Rusia no los asesina, como hacen los kurdos en la Armenia turca, pero los empobrece por todos los procedimientos imaginables; tributos, exacciones, gabelas, repar-

tos, confiscaciones. Y los armenios pagan y siguen trabajando. Para todo da la riqueza maravillosa que destila el Cáucaso en las orillas del mar Caspio. En cambio de eso, la muchedumbre rusa y sus cosacos y sus popes gustan mucho de las matanzas de judíos, de los perros judíos, que siguen teniendo, como en la Edad Media, la culpa de todo lo malo que la Providencia envía á los pueblos. Que el cólera, engendrado en las pestilencias de Tartaria y Mongolia ó en las civilizadas orillas del Ganges, traspasa los Urales é invade Rusia; se acusa á los judíos de haber envenenado el aire y las aguas y se les asesina y se les roba. Que la sequía endurece y resquebraja la tierra y amenaza con desmedrar la cosecha; se acusa á los judíos de haber injuriado á Dios y encendido sus iras, y se les asesina y se les roba. La fórmula no puede ser más sencilla. Es la misma que emplean los turcos contra los armenios; la emplean por fanatismo religioso, por odios de raza, por jactancias de dominador, por miedos políticos; las emplean porque los Estados no tienen conciencia y las muchedumbres no tienen corazón.

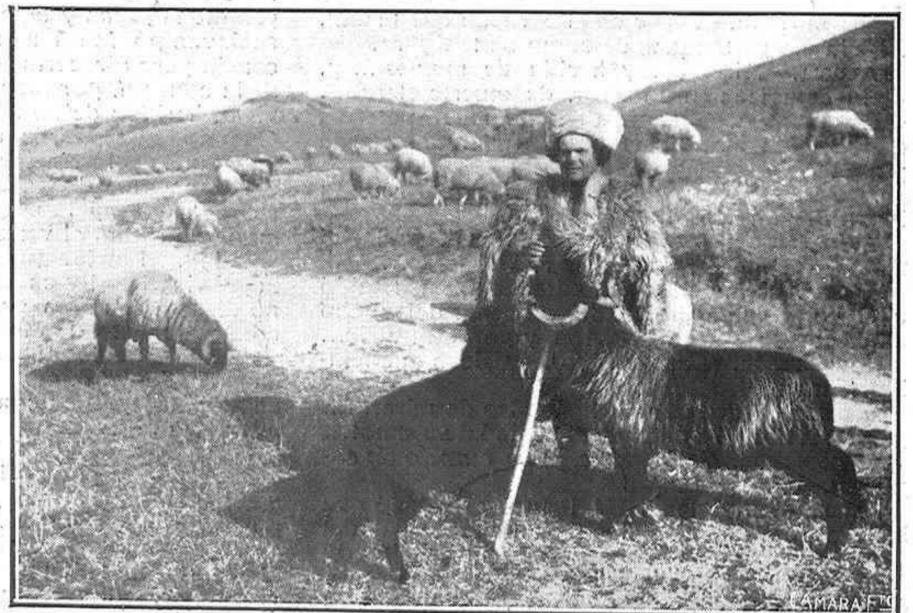
Así, la guerra del ruso contra el turco ha encontrado en los armenios montañeses unos entusiastas aliados, y apenas descendidos á la llanura, toda Armenia ha visto con loca alegría cómo el detentador y el opresor va retrocediendo. En el Monasterio de Etchmiadzin, el Vaticano de los armenios cismáticos, se entonan día y noche los



La ciudad de Tiflis, en el Cáucaso



El Kasbek, una de las montañas más altas del Cáucaso, y eternamente cubierta de nieve



Un pastor apacentando su rebaño en los alrededores de una de las más pintorescas aldeas del Cáucaso



Aldeanos rusos del Cáucaso en el traje de fiesta

cánticos rituales á San Gregorio el Iluminador, porque aparece en la lejanía del horizonte aquella línea sutil de esperanza, que es como la aurora de la liberación del pueblo armenio. De momento, y aunque los armenios no tienen unanimidad en este punto, librarse del aborrecimiento religioso y de la tiranía brutal de Turquía para caer en las trapacerías legales de Rusia sería una solución, como lo ha sido para Polonia librarse de la brutalidad cosaca para entrar, con más ó menos derecho y con más ó menos libertad, en la Confederación germana. Es un paso hacia la realización del ideal, hacia la reconstitución de la patria no

olvidada, libre, autónoma, independiente. Parecen inconcebibles estas perdurabilidades de convencimientos que se transmiten de padres á hijos, sin que la realidad inmutable de cada día, los destuyan ó desvanezcan. Y es que pocos pueblos tienen el alma tan sembrada de semillas de fe que producen flores de consuelo y de esperanza.

En medio de la meseta, sin estribaciones escalonadas que vayan avanzando y subiendo hasta parecer querer escalar el cielo, sino alzando su mole aislada, el Monte Ararat se eleva á más de cinco mil metros. Lo cubren las nieves eternas; lo coronan las nubes, rodeándole como los discos

de una tiara, y frecuentemente lo obscurecen las tremendas tempestades que rugen en su altura. Cuando desde cualquier punto del horizonte un armenio divisa la albura del Ararat, cae de rodillas y reza una oración. Es un monte sagrado.

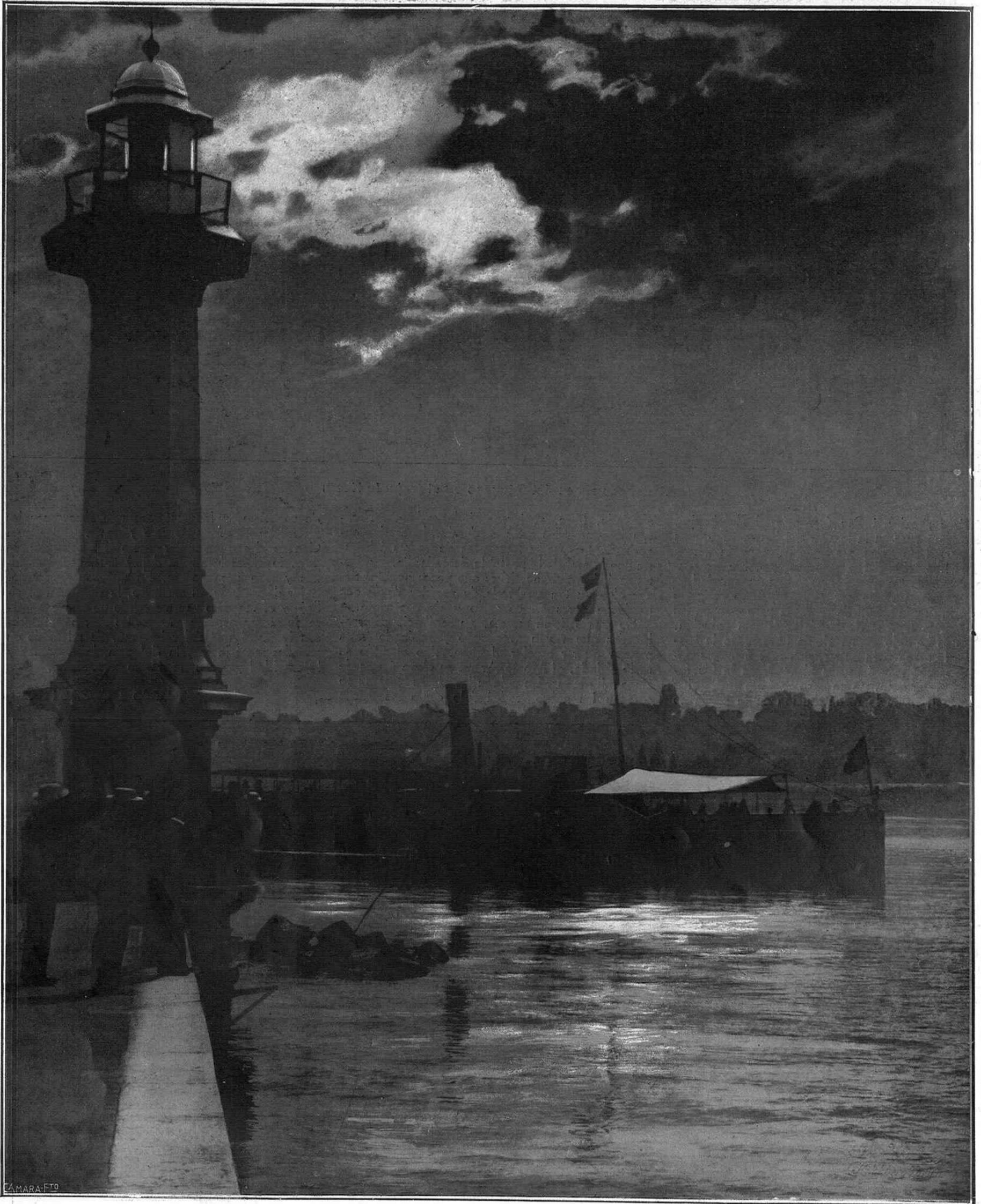
La destrucción, el asesinato, la violación, el pillaje y el incendio van marcando un nuevo reguero de sangre humana en aquellas tierras que parecen insensibles al dolor humano, de tal modo en aquellas razas la fe y la violencia, la esperanza y la crueldad parecen un mismo sentimiento.

AMADEO DE CASTRO



Tipos nómadas del Cáucaso, domesticadores de osos

— SUIZA PINTORESCA —



EL FARO DE GINEBRA

FOT. WEHRLI

CAMARA-FIO

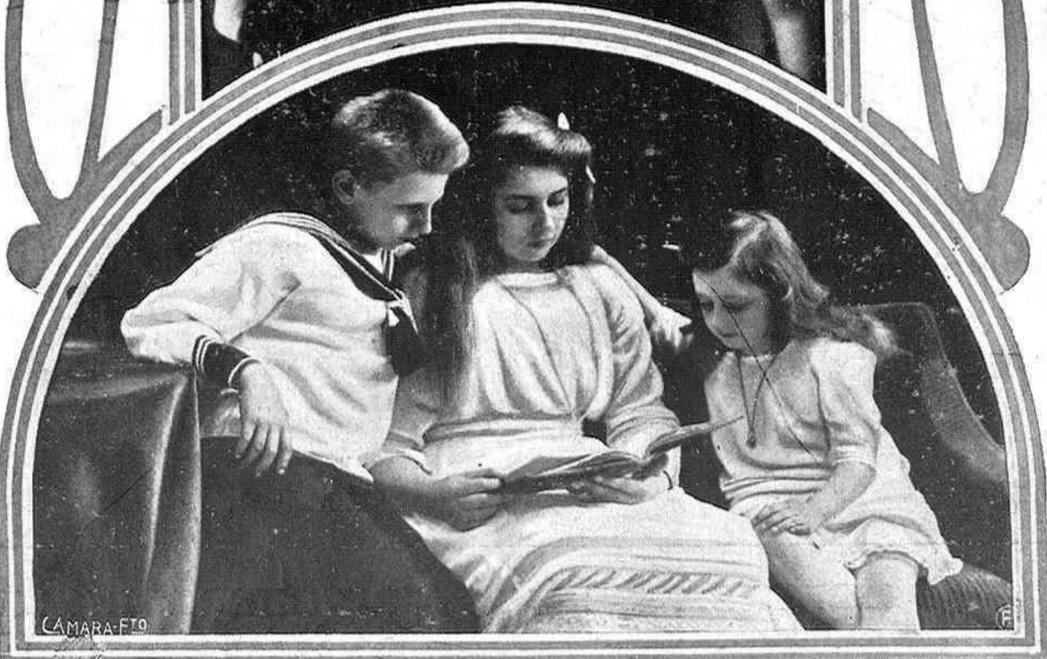
LOS REYES DE RUMANÍA



El Rey Fernando, de Rumanía

La intervención armada de Rumanía en el conflicto europeo á favor de las naciones de la *entente* que empezó siendo triple y que hoy puede llamarse la «múltiple inteligencia», ha sorprendido á muy poca gente. Desde que se rompieron las hostilidades por tierras de Bélgica, se vió que la neutralidad rumana no era definitiva ni podía ser duradera. Vefase muy á las claras que duraría todo el tiempo que tardase en dominar y prevalecer una de las dos simpatías que dividían á la nación en dos bandos: la del pueblo, inclinado hacia los aliados menos por simpatía que por el recuerdo rencoroso de antiguos agravios pendientes de liquidación con Austria y por viejos ideales de reivindicación y engrandecimiento, y la de su rey Fernando, atraído por la causa austro-germana, por los lazos de familia que le unen á los Hohenzollern, como su esposa la reina María lo está á los Sajonia-Coburgo y Gotha. Sin embargo, pueblo práctico, sobre todo, el rumano no acababa de exteriorizar toda la fuerza de sus sentimientos ni de sus inclinaciones, y se sostenía en una neutralidad previsora y expectante, de la que no mostró grandes deseos de salir mientras los ejércitos de sus simpatías no demostraban igual pujanza que los austro-alemanes. La intensidad de la ofensiva de los aliados parece haber convencido á Rumanía de que era llegada la hora de realizar sus ideales de engrandecimiento y la ha decidido á declarar la guerra.

El Rey Fernando, por constitucional ó por prudencia ante el peligro que corría de oponerse á las ansias populares ó por identificarse á última hora con los idea-



La Princesa Isabel, la Reina María con dos de sus augustos hijos, y un grupo de los Príncipes María, Ileana y Nicolás



El Príncipe Carlos, heredero del trono

les de su país—que ello la Historia lo dirá—, ha sancionado los instintos belicosos de su país y ha aceptado las responsabilidades y los riesgos de una guerra. Claro es que en estos críticos momentos la entrada en liza del ejército rumano ha de influir de modo considerable en la marcha de la contienda europea, pero no tanto como suponen los apasionados por la «múltiple inteligencia». No se apaga un incendio tan formidable como el que la actual guerra supone con una cuba de agua. Y bien sabe Dios que no nos alegramos de ello, porque nosotros honradamente neutrales y humanitarios sobre todas las cosas y sintiendo por todos los beligerantes iguales respetos y simpatía, sin apasionarnos por ninguno, quisiéramos que fuese como fuese, acabase la guerra.

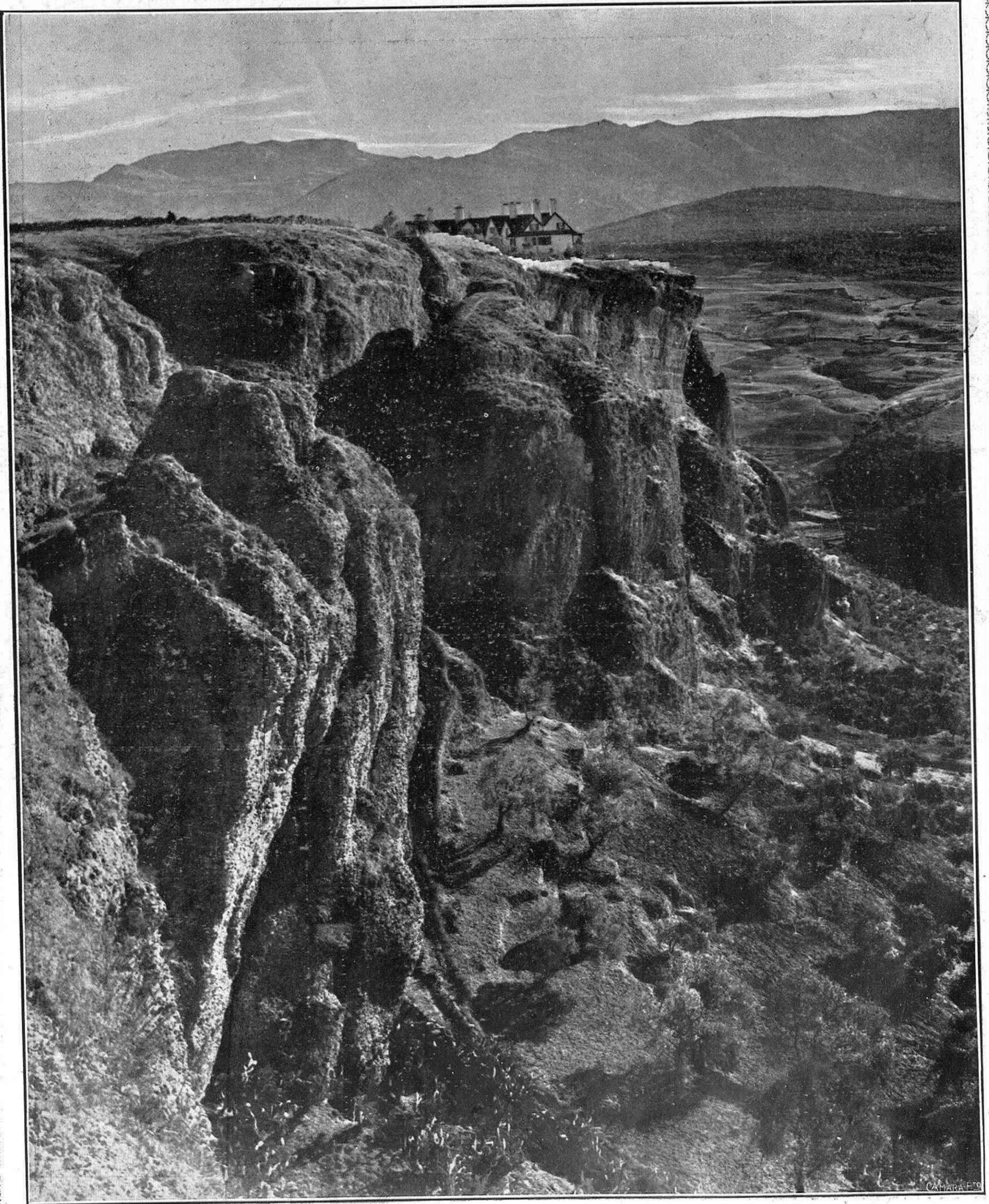
Fernando Víctor Alberto, el actual Rey de Rumanía, nació en Sigmaringen en 1865. Fué declarado Príncipe heredero de Rumanía por renuncia de su hermano, y es jefe del primer batallón de cazadores del regimiento de infantería prusiana número 68, del primer regimiento prusiano de la guardia de á pie de Austria-Hungría, del 18 regimiento de infantería rusa de Vologda, caballero de las órdenes del Aguila Negra, de la Anunciata, de San Andrés, de los Serafines, del Elefante, de la austriaca del Toisón de Oro y de San Humberto. Casó en Sigmaringen en 1893 con María, Princesa de Sajonia Coburgo Gotha, nacida en 1875, de ideas luteranas, y de ella ha tenido los hijos siguientes: Carlos, en 1893; Isabel Carlota Josefina Victoria Alejandra, en 1894; María, en 1899; Nicolás, en 1903, é Ileana, en 1908.



DEFENSA DE UNA TRINCHERA INGLESA CON MORTEROS Y GRANADAS DE MANO, EN LAS LÍNEAS AVANZADAS DEL SOMME

Dibujo de Matania

PAISAJES PINTORESCOS DE ESPAÑA



UNA VISTA DEL FAMOSO TAJO DE RONDA

FOT. SOL

CAMARA FOTO

EN UN DESCANSO...



LAMARA FT9

JUAN.—Fíjese usted, amigo mío... En esto no adelantamos nada... Las mismas cupletistas cerriles con unos trajes de máscara del miércoles de ceniza y aquel cuarteto que parecía arrebatado á las terrazas de la calle de Alcalá y esa decoración... ese cromo adquirido en el Rastro...

PEDRO.—No sólo no avanzamos, sino que las grandes figuras del género, en cuanto llegan, ya están buscando el modo de estropearse... Y no es que las inquiete el anhelo del poeta maravilloso, el ansia de renovarse, porque si no viene la muerte... Es que ya se consideran glorias nacionales, y aquí ser gloria nacional da bula para todo... ¿Se acuerda usted cuando encontramos á Joaquín Dicenta, que disputaba con un cochero, y que no hacía más que repetir, á gritos: «Yo soy el autor de Juan José»?... En el famoso literato, al fin y al cabo, tales arranques no pasaban de genialidades cuyas consecuencias no salían de su vida particular... No es lo mismo que hayamos consagrado por sus danzas á una bailarina y que luego le dé por cantar como los gatos sólo para que nos enteremos de cómo hay que soportarle sus caprichos...

JUAN.—Lo cierto es, entre unas y otras cosas, que lo más triste que hay en España son sus lugares de placer...

PEDRO.—Yo creo que no hemos acertado aún con lo que significa esa palabra *varietés* que yo he oído aplicar hasta al estilo de un torero, José...
 JUAN.—No falta á los españoles imaginación, y si se trata de copiar algo de fuera falta el dinero.

PEDRO.—En todas partes, lo de menos es el escenario... Cada palco es una vitrina con mujeres que se alimentan con *purée* de joyas y billetes de Banco... El teatrillo, muy caro, muy lujoso y *chic*, no pasa de ser un pretexto para la feria del pecado y de la magnificencia... Las gentes ricas y su séquito, constelado de piedras preciosas, sirve de espectáculo á las otras gentes que, después de la jornada, buscan el sedante de un recreo bellissimo y superficial.

JUAN.—Entre nosotros, es el teatrillo por el teatrillo... No hay para más con una peseta por butaca, y no hay más que una peseta en el bolsillo... Y luego, claro está, en las tablas se aposentán todas las voluptuosidades que podría desear el más *spleenico* espíritu ó aquel otro que no busca sino descansar una hora del martirio de sus cotidianas preocupaciones... Taconeos que levantan polvo, repique inaguantable de castañuelas, chaquetillas guinda y zapatos dorados, sombreros páveros con brillo, jamonas que dan-

zan, el prestidigitador vestido de camarero... Y por fondo de tanto cruel realismo, un paisaje de ensueño, una vista de Versalles con las fuentes que corren, y no se escapa el agua á pesar del agujero que tiene la decoración...

PEDRO.—Yo creí que los bailes rusos iban á modificar algo nuestras malas costumbres teatrales.

JUAN.—Si aquí lo que más falta nos hace es modificar las otras costumbres, las buenas...

PEDRO.—Dice usted...

JUAN.—De todo este repugnante tinglado de los teatrillos de *varietés*, y las bailarinas que patean, y las madres que se chupan el dedo gordo que se ensucian con el chocolate á que les invitó un admirador de la niña, y los acomodadores con chaquetas pardas y corbata de fantasía y gorra galoneada, y... en fin, tanta miseria, no es más que exceso de sobriedad, de no tener necesidades, de vivir satisfechos con muy poco, de simplicidad, de... mala vida y muy buenas costumbres.

PEDRO.—Verdad; deberíamos vivir un poco mejor... viviendo un poco peor.

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

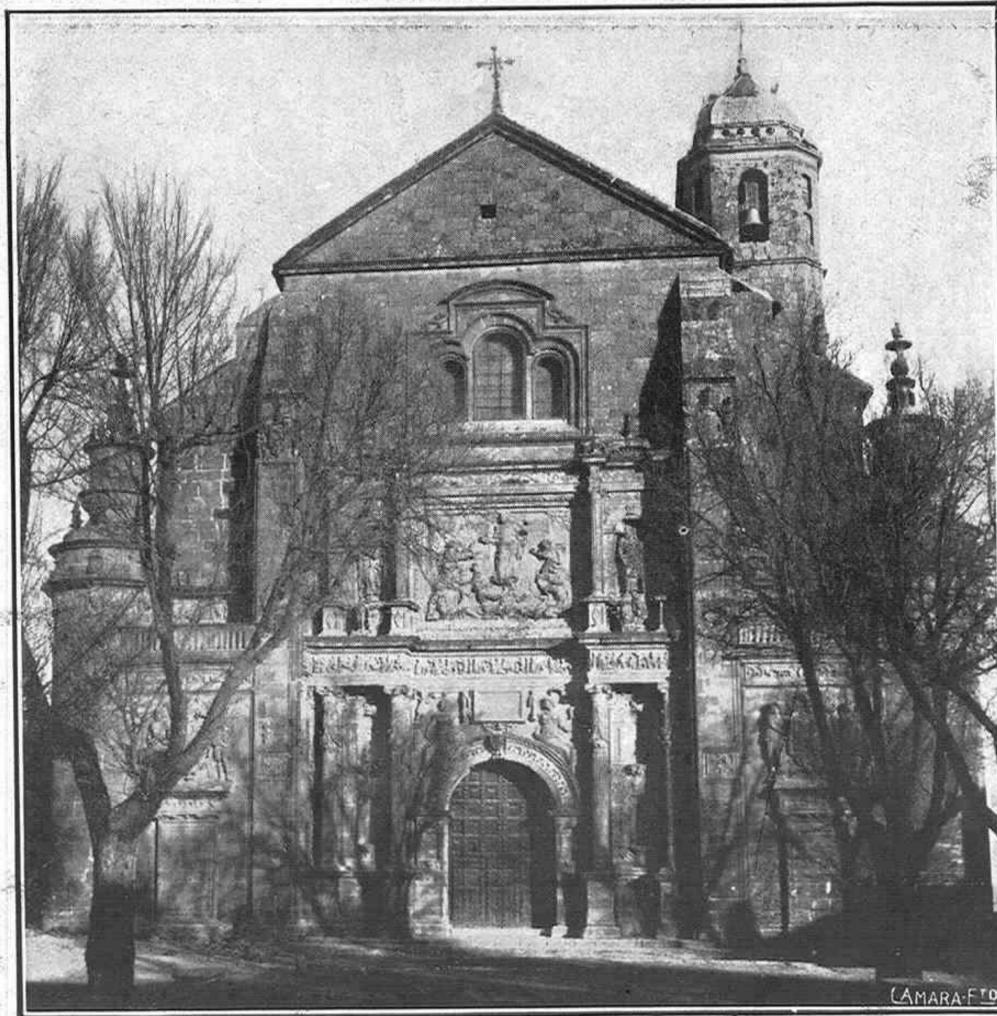
CUADRO DE CARLOS VÁZQUEZ

MONUMENTOS ESPAÑOLES

LA SACRA CAPILLA DEL SALVADOR, DE UBEDA

CUANDO estudiamos la Historia de la Arquitectura con algún detenimiento, nos encontramos en sus hermosísimas páginas cómo su más brillante corona se encuentra en Grecia; que el Bizantino tuvo su cuna en Francia, y que el Renacimiento surgió en Florencia. Pues bien: si yo tuviese autoridad artística, escribiría á continuación: la expresión más elocuente de las Bellas Artes en Ubeda se encuentra en el Salvador. Tan expresiva ejecutoria artística, en que lo mismo brilla por su unidad que por su eutimia, simetría, variedad en su contraste y delicada ornamentación, se debe á un hijo de este pueblo, el que fué secretario de Estado del gran emperador Carlos V. Y tan hermosos caracteres arquitectónicos los escribió con pluma de oro, una genialidad de las Bellas Artes, el eminente arquitecto D. Pedro de Vaudealvira.

Varios historiadores se han ocupado en describir este templo. Unos encomiando su belleza; otros empleando galanura en la frase, pero faltos de veracidad, y otros que, reconociendo la suntuosidad, han trocado la piedad del fundador por el orgullo y la soberbia: la escrupulosidad de su arquitecto en ceñirse ordenadamente á los preceptos del arte, tergiversándolo por la falta de fe y unidad en el pensamiento; poniendo de manifiesto con términos de dureza el cristianismo con el paganismo, lo sagrado con lo profano, ridiculizando el enlace de la Teología con la Jurisprudencia, y en una palabra: calificando este arte de amalgamado y resuelto en los principios más contradictorios.



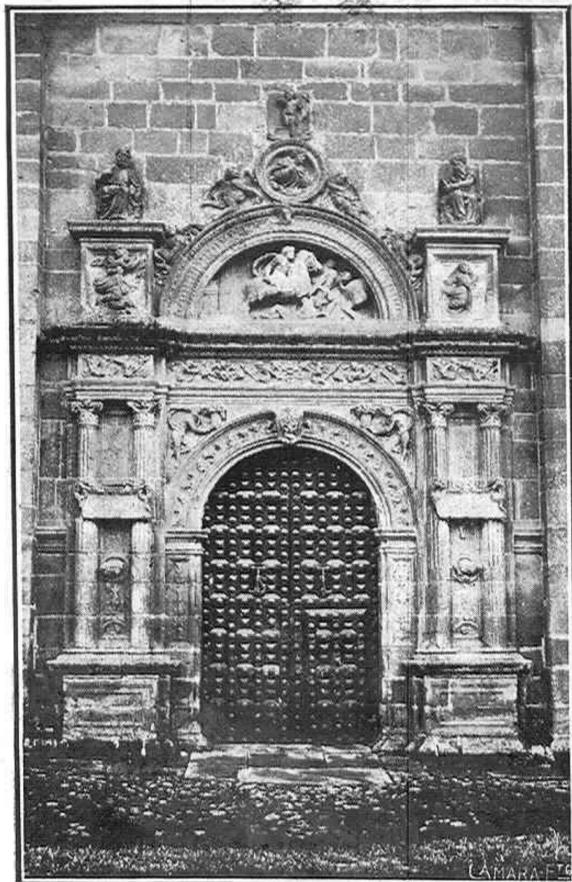
La Iglesia del Salvador

ORIENTACIÓN Y BELLEZA DE LA FACHADA

En la plaza de Vázquez de Molina, en la parte Sur de esta población, se encuentra este edificio con su fachada á Poniente. ¿Y cómo no, si de esta manera se ciñe exactamente á los cánones cristianos, puesto que el ábside ha de situarse

á saliente? El delineado de la misma no tiene las pretensiones de una catedral; en cambio, su belleza nada tiene que envidiarle. No obstante en su primer cuerpo esa portada grupo de tres puertas que simboliza la Trinidad católica, mas no fué detalle olvidado por su arquitecto, pues que también la apreciamos en la misma, aunque en expresión más reducida. No vemos en ella esa artística rueda ó roseón de las catedrales góticas, símbolo de la luz divina que inunda el mundo; en cambio, admiramos el alto relieve representativo de la subida de Jesús al monte Tabor. No se levantan, arrogantes, en sus extremos, esas torres góticas, cuyas elevadas agujas, á modo de brazos suplicantes, piden á Dios el perdón de los pecadores; en cambio, es grande la gracia y belleza que le dan esos muros cilíndricos, cuyos entablamentos orlados de Bucraneos, ó cabezas de buey descarnadas, y entrelazadas con cintas, son semejantes á los del templo de la fortuna Viril en Roma, y á los del monumento á Santa Cecilia; muros que parecen maçonones, cuyas torrecillas de terminación no pueden ser más artísticas y elegantes, y cuyos interiores encierran las escaleras de caracol y alma, que nos conducen al coro alto. Pertenece el primer cuerpo al

más clásico estilo gótico romano, que así le llamaron los arquitectos del siglo XVI. Sobre sus bien delineados pedestales, se alzan cuatro esbeltas columnas de perfecta modulación corintia, festoneadas con manojos de flores y hojas de adorno, la cual tuvo su origen en el templo de Vesta en Tívoli.



Portada del Norte, de estilo Renacimiento



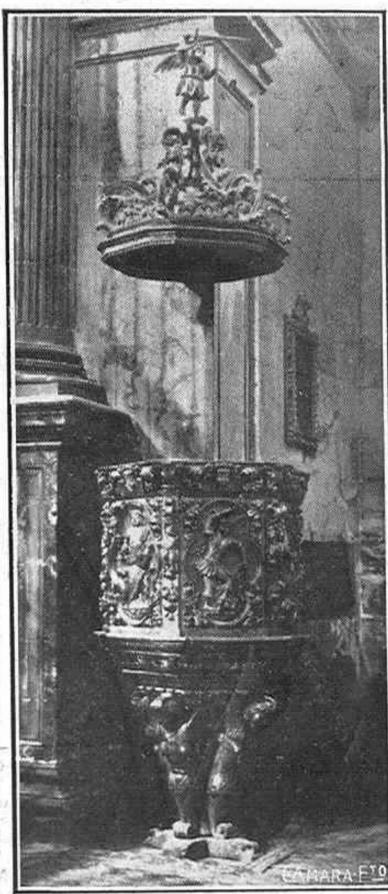
Puerta angular de entrada á la Sacristía



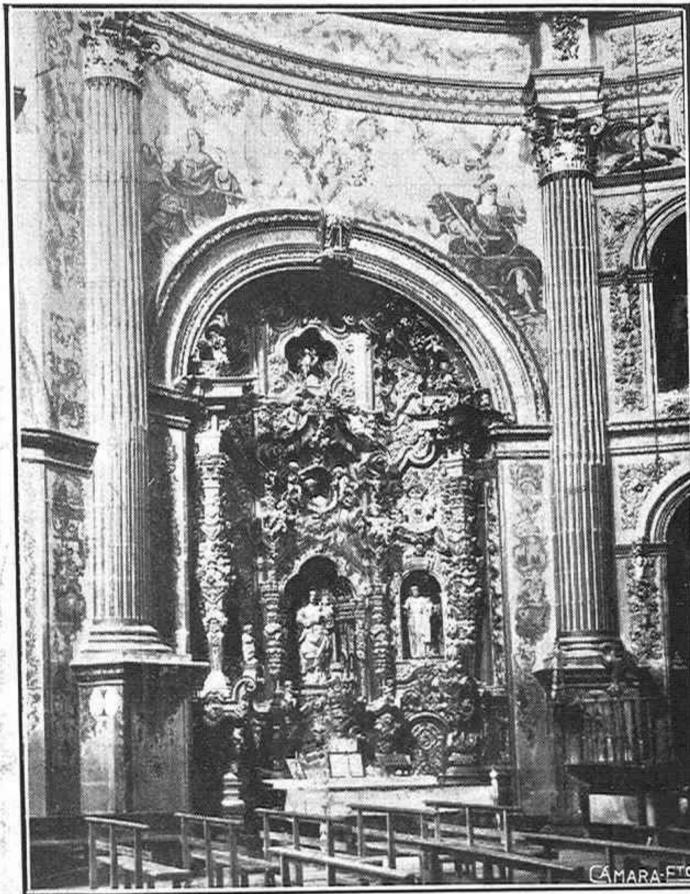
Portada Sur, de estilo Renacimiento



Altar Mayor, en el que se admira el Tabor de Berruguete, época de la fundación y la estatua en alabastro de San Juan Bautista



Magnífico púlpito en talla de madera y esmaltado en oro



Capilla de la Caridad en cuyo retablo figura una excelente escultura de San Miguel, regalo de D. Juan de Austria

El friso, con poco que se hojee la Historia Sagrada, nos orienta de lo que el cincel del artista en él esculpó; el de la izquierda de la portada, representa los israelitas cuando se alimentaban del maná que Dios les enviaba del cielo; el de la derecha la adoración de la serpiente de metal, que Dios mandó fabricar á Moisés para que puesta en lo alto de la cruz tuviese la virtud de curar á los que la mirasen contritos. Y el central es asunto mitológico, pues hay gran profusión de centauros y altos relieves con caras superpuestas dos á dos.

El intrados del arco moldurado y dividido en casetones rectangulares, es un verdadero concurso de Dioses del Olimpo pagano.

En los extremos del intrados del arco, y á continuación de los dioses, hay dos altos relieves de Renacimiento.

Laterales á la portada, y entre los dos intercolumnios, existen cuatro hornacinas vacías y perfectamente ornamentadas; sin duda alguna en ellas se pensó poner á los cuatro evangelistas ó á los cuatro doctores de la Iglesia. Y el intrados del atrevido arquitrave, que tapa los espacios comprendidos entre los ábacos de los capiteles, contiene dos casetones tallados en alto relieve y representativos, el de la izquierda, un Tránsito de la Santa Virgen, y el de la derecha, los Desposorios de Nuestra Señora. Detrás de estos intercolumnios, que obedecen en modulación á las prescripciones de Vitrubio y al perfeccionamiento del templo de Augusto, en Pola, corresponde á cada columna su pilastra, cuyo elegante decorado, de estilo Renacimiento, es del mismo corte al que empleó Rafael en el Vaticano; estas pilastras, en su parte central, tienen unos medallones en alto relieve en que los tres de la izquierda representan hombres, y los de la derecha mujeres; y seis hornacinas en los costados laterales. Limitan y deslindan estos intercolumnios, con el resto de la fachada, dos muros contrafuertes, que definen perfectamente la latitud de la Iglesia, en los cuales se aprecia, próximamente á la mitad de la altura del primer cuerpo, y al lado izquierdo, un casetón moldurado con un medio relieve mitológico en el que se ve á un hombre luchando con un hipocentauro; y el simétrico á este otro hombre luchando con dos toros. Siguiendo la descripción de estos muros, por cima de la cornisa del primer cuerpo hay dos medallones en alto relieve cuyas figuras agarran dos cuarteles con los escudos de armas del fundador y su esposa; y en la parte

alta de estos muros termina la parte vertical de los mismos con los escudos completos de los fundadores, sostenidos, el de la izquierda, por dos guerreros, y el de la derecha por dos matronas. En la distancia que corresponde entre los muros anteriormente descritos y los cilíndricos de terminación de la fachada y bajo el cornisamiento de los balcones, descritos ya también, se encuentran, en su parte central, dos grandes pedestales ó sustentantes de otros dos grandes escudos de igual representación á los anteriores.

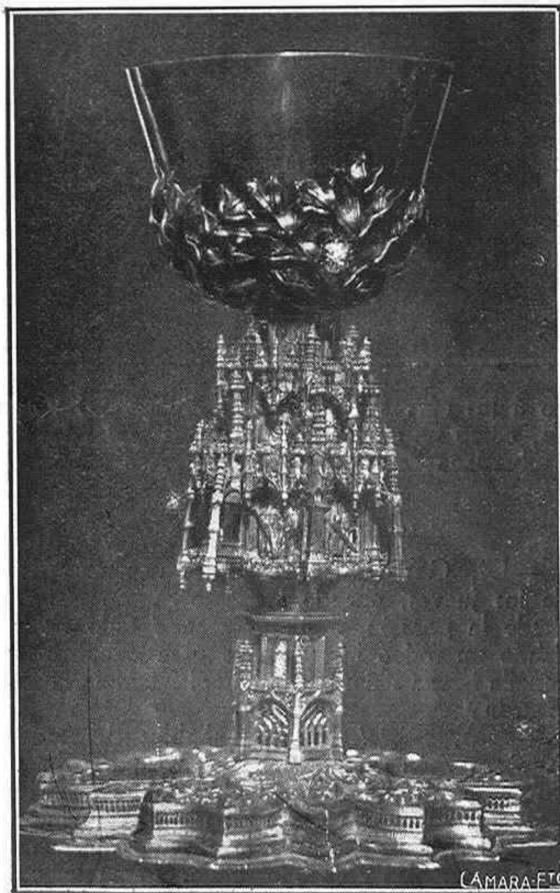
Y vamos á detallar el segundo cuerpo comprendido entre los muros contrafuertes. Este segundo cuerpo, decorado con menos exuberancia que el primero, aunque los capiteles de sus columnas son corintios, pertenecen al orden compuesto; su com-

posición es una especialidad de Valdealvira, pues en el entablamento, el arquitrave y cornisa, son del orden compuesto, pero no así el friso, que está adornado caprichosamente, igual que los pedestales. Cubre el espacio central comprendido en este segundo cuerpo, un recuadro moldurado en cuyo fondo se destaca un alto relieve representando la Transfiguración del Señor en el monte Tabor, con sus discípulos á los pies, y en los dos intercolumnios laterales, los apóstoles San Pablo, á la izquierda, y San Felipe, á la derecha.

Y pasamos á detallar el ventanal de la parte superior, llamada por unos triple ventana, y por otros Trinidad Católica. Veamos: en esta ventana tribolada, cuyo objeto es alumbrar el coro alto, infiero que el arquitecto quiso simbolizar la Trinidad Católica; en efecto así se llama.

Nos resta únicamente describir el frontón triangular, terminación de esta monumental fachada. Dijo un crítico que este triángulo isoceloes moldurado no tiene más objeto que ocultar á la vista la armadura del tejado. No es así. En los dos primeros períodos del estilo románico, las fachadas todas terminan en ángulo, al modo de los frontones de los templos paganos. En el tercer período sigue conservándose en esta forma aguda de frontón, cuyo delineado y construcción originan pendientes muy fuertes en los tejados; en su aparejo ornamental aparecen generalmente con ornamentación muy desnuda, limitándose estos frontones triangulares por contrafuertes que deslindaban la anchura de las naves.

En el ápice se eleva una torre, una espadaña ó una cruz; algo que simbolice. Pasamos al estilo ojival y convean sus fachadas, como en todo el resto de la Edad Media, la forma de frontón, y las divisiones ó compartimientos indicados por los contrafuertes; pero llegado el período del Renacimiento, el célebre arquitecto de Bolonia, Sebastián Serlio, determina las dimensiones que en aquella época gloriosa de la arquitectura habían de darse á estos frontones triangulares. Tal es, aunque mal expresada, la descripción de la artística y monumental fachada de la iglesia del Salvador, joya del arte cristiano, que si bien es verdad inmortalizó el nombre de sus fundadores D. Francisco de los Covos y doña María de Mendoza, inmortalizará seguramente el de la actual patrona, la excelentísima señora doña María Francisca Galloso de los Covos, marquesa de Camarasa.



Cáliz de oro, estilo gótico florido. El vaso sagrado fué utilizado como copa por el Emperador Carlos V FOTS. TALAVERA Y ADAM

MUJERES DE PARÍS
GERMANA Y GENOVEVA



—Chèrie! Ça va?

—Ça va, chère... Et toi?

A este breve diálogo siguen, primero el seco apretón de manos que, britanizada, la moda impone, y luego, enseguida, como en piadoso desagravio á una agraviada tradición sentimental que data de la niñez y del colegio, los labios de las dos mujeres se han unido, tardando en separarse algo más que si fueran labios de hermanos y algo menos que si fueran labios de amantes...

Musicales y timbradas como carillones de plata, las dulces voces tornan al «leit motiv» de una divina sinfonía de amorosa amistad.

—Chèrie!

—Chèrie!

Y enlazados los brazos y trenzadas las manos, Genoveva y Germana se entran bajo las frondas del Bosque, y en la meridiana luz estival de esta mañana de gloria y maravilla, caminan despacio por el «Sentier de la Vertu», cuya blanca línea se enrosca, á la manera de gigante sierpe, en tor-

no á las curvas armoniosas del Lago, y recuerda, como un símbolo, aquella turbadora leyenda flaubertiana del sacrificio ritual de Sa'ambô...

ooo

—Di, Genoveva, ¿recuerdas nuestros paseos de los jueves, cuando madame Agnès nos traía desde la pensión, á pie, cruzando todo París y dando un rodeo interminable para evitar lo que aquella buena señora llamaba «el infierno del Boulevard»?

—¡Oh, chère!... No me hables de madame Agnès... Aún creo escuchar su voz; aquella voz monótona y agria como el chirrido de una sierra mecánica sobre una placa de metal... ¡Madame Agnès!... Sólo he podido disculparla cuando dejé de ser niña y cuando, mujer y amante, comprendí lo espantosa que debía ser la vida para aquella solterona, que era mujer también, que también hubiera querido ser amante, y que en

fuerza de ser fea siempre no pudo nunca dejar de ser virtuosa...

En llegando á este punto, la sinfonía de la plática se ilustra con el vibrante *crescendo* de una risa loca... Germana y Genoveva ríen, como ríen las mujeres por acá: con toda el alma: como niñas que ignorasen el llanto, y la tristeza, y el dolor, en esa perpetua alborada del corazón que es tesoro de su feminidad y que ninguna sombra, por intensa que sea, logra anublar...

Traviesa, Germana vuelve sobre el recuerdo cómico-trágico de madame Agnès, y dice:

—Drôle de femme!

Luego, tras de un instante de reflexión, comenta:

—Era el amor, para ella, una obsesión contraria. Le odiaba como odiamos á un hombre cuando le hemos amado, sin que él estime en nada nuestra pasión... Es un odio mortal, implacable, inextinguible!...

Hay una pausa, que es de silencio y de melancolía... Luego, con voz un poco temblorosa y velada, en transición emotiva que torna el gayo agudo de violín en tremante bajo de violoncelo, Germana prosigue, é inquiera :

—¿Odiaste alguna vez así, Genoveva?

Genoveva quiere sonreír y no puede... Genoveva quiere guardar en su corazón, bajo las siete llaves del Misterio, un secreto que en un tiempo, aún próximo, pudo arrancar á sus bellos ojos de esmeralda las primeras lágrimas de mujer... Genoveva siente, á su pesar, que un amargo vaho de aquel añejo llanto le sube del corazón á la garganta, y alza, como sobre una ola de tormenta, las blancas naves, galeones de Ilusión, que son sus jóvenes, pequeños y prodigiosos senos... Y toda esta angustia se revela en una insincera risada que termina en congoja, al responder á la indiscreta pregunta con esta respuesta de buscada banalidad :

—*Cette question!*

En silencio, Germana ha enlazado y estruja entre sus brazos el talle de su amorosa y cuitada amiga... y en clarividencia maliciosa, que es arrobamiento de pasión, murmura :

—Sí, has odiado, y estoy cierta de que á quien odiaste así fué á él, al mismo á quien odié y odio yo, ¿verdad?...

Arden las mejillas de Genoveva con el incendio de dos amapolas entre el oro de un trigal : del trigal de sus rubios cabellos... Y en un suspiro, la vencida confiesa :

—¡Le odié con toda mi alma!... Le odié porque te hizo sufrir, y le odié, sobre todo, porque le amabas...

Germana ríe con risa extraña, fulgurante y breve como una chispa eléctrica... Y su abrazo

se torna más premioso, y sus manos cobijan las encendidas amapolas que florecen entre los oros de un trigal, y sus labios, enfebrecidos y sedientos, caen sobre los labios frescos y húmedos de la niña-mujer, y son, entre ellos, como una abeja codiciosa y cruel que buscara, en lo profundo de un cáliz entreabierto, las mieles inefables del divino amor prohibido...

□□□

—¿Paseamos sobre el Lago, Genoveva?

—¡Oh, sí, Germana!... Y compraremos pan á los barqueros, para darlo á los cisnes...

Han comprado pan á los barqueros, y han rechazado los servicios que uno de ellos les brinda... Han elegido una yola, blanca y leve como un pétalo de rosa, y Germana ha empuñado los remos, en tanto que, tendida en el fondo del esquife, Genoveva reclina su adorable cabeza, toda luz, sobre las rodillas de la enamorada...

La yola se desliza, sutil, y sobre el Lago todo fuera silencio, sin la rauda cadencia de los remos, que parecen medir el agitado aliento de una carrera de fuga y de victoria...

Pronto, bajo un túnel de frondas, los remos caen, en abandono, como brazos inertes y vencidos, y la yola navega despacio, á su antojo, y se detiene, al fin, besando las matas de helechos que visten la orilla de esta encantada Isla de los Cisnes...

Inclinada sobre la borda, Genoveva tira á los misteriosos nautas del Lago el codiciado pan que, lentos, desmenuzan sus dedos...

Los cisnes llegan, y son legión que en torno de la yola se agita, y va y viene, y aletea...

Genoveva ríe, porque en los huecos de sus palmas los picos buscan y rebuscan, y tejen un enervante cosquilleo... En este juego, una miga salta

y queda prendida sobre el borde del escote, entre la batista de la blusa y el raso de la piel... Audaz, un cisne alarga el cuello y sepulta entre las tibias albas el frío puñal de su pico sangriento...

Un grito : el brusco estremecimiento de un cuerpo sacudido por indomable conmoción ; una risa inextinguible, entre el demente oscilar de la yola que amenaza naufragio ; y en torno al esquife, el círculo de los cisnes que se dilata y se aleja, en temor, mientras que sólo, y obsinado y bravío, el cisne de la capital audacia tiene aún su cuello de nieve sobre la garganta de Genoveva, de Genoveva que ríe, ríe, ríe...

.....
Pero Germana rechaza al audaz con un gesto que dice tragedia de celos, en tanto que Genoveva, riendo siempre, musita con su dulce voz, en la que hay ya languideces de abandono :

—¿Recuerdas, Germana, la indignación de madame Agnès, un día en que, aquí mismo, le dijimos que nos explicara el mito de Leda?...

Germana sonrío, pero es breve y grave su sonrisa. Hay en sus ojos negros el intenso reflejo de una exacerbada voluntad, y saltando á tierra, tiende la mano á Genoveva, y ordena :

—¡Ven!...

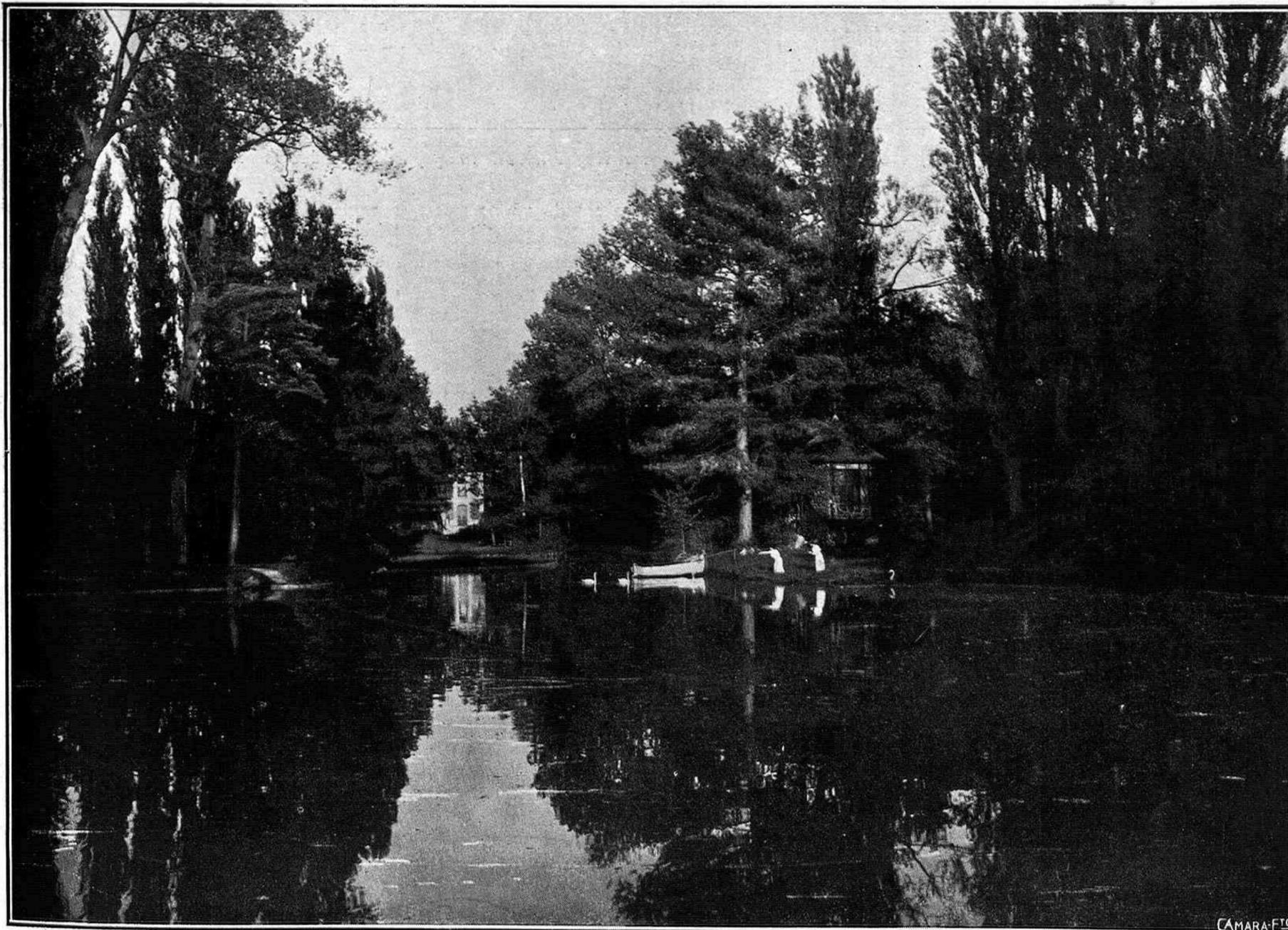
La yola queda abandonada y vacía, meciéndose blandamente sobre el Lago, entre los cisnes que han vuelto á rodearla...

É inquieto y colérico, el cisne de la capital audacia se yergue sobre el césped de la orilla, y abriendo sus grandes alas en palpitación de insaciado anhelo, tiende, hacia las frondas suspirantes y placenteras, el frío puñal de su pico sangriento...

ANTONIO G. DE LINARES

París, 1916.

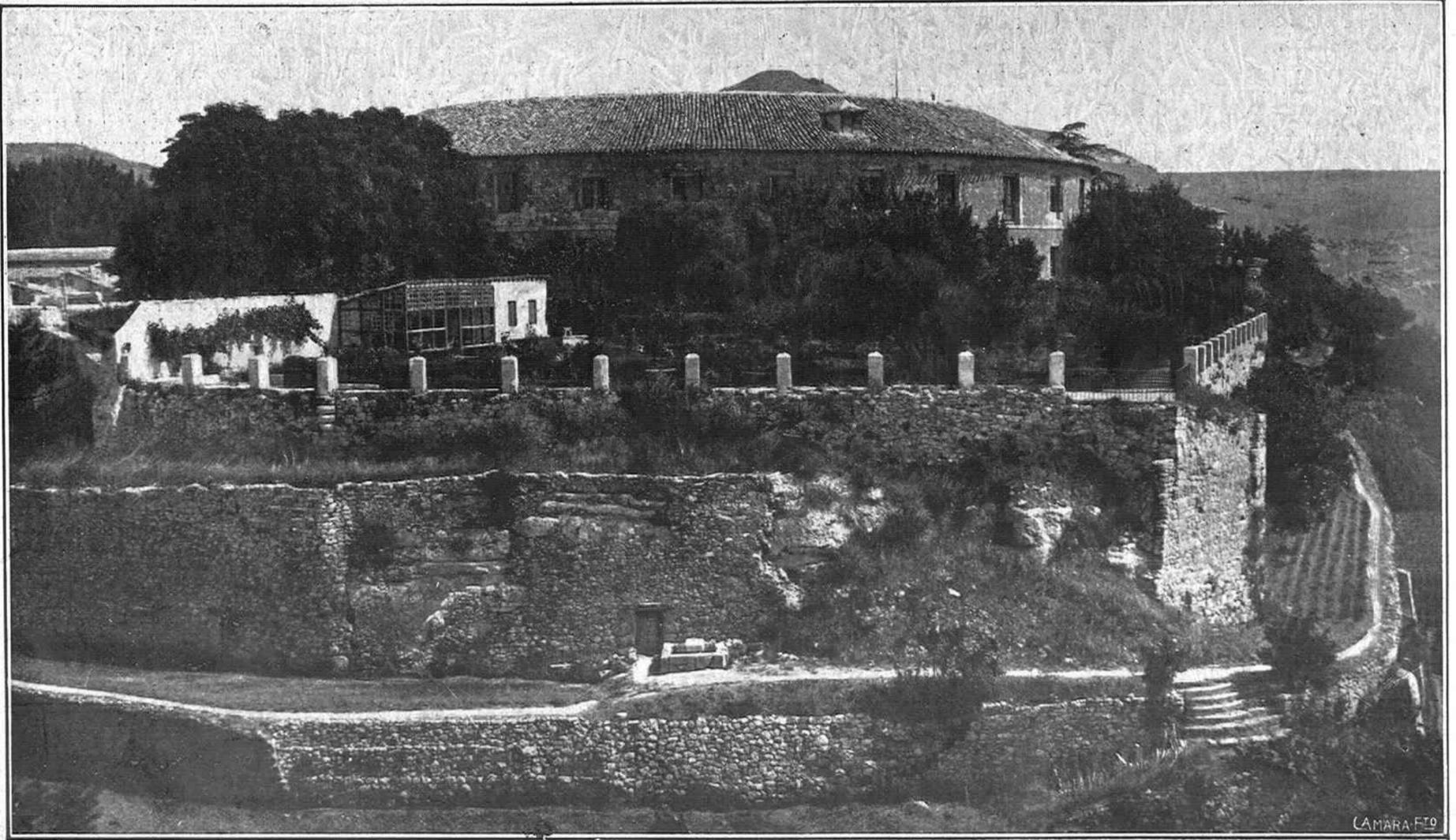
DIBUJOS DE RIBAS



CÁMARA-FLO



LAS MANOS DE CARLOS III EN LA FÁBRICA DE TEJIDOS DE BRIHUEGA



Vista de la real fábrica de tejidos de Brihuega, creada por el Rey Carlos III, hoy propiedad de los señores de Cabañas

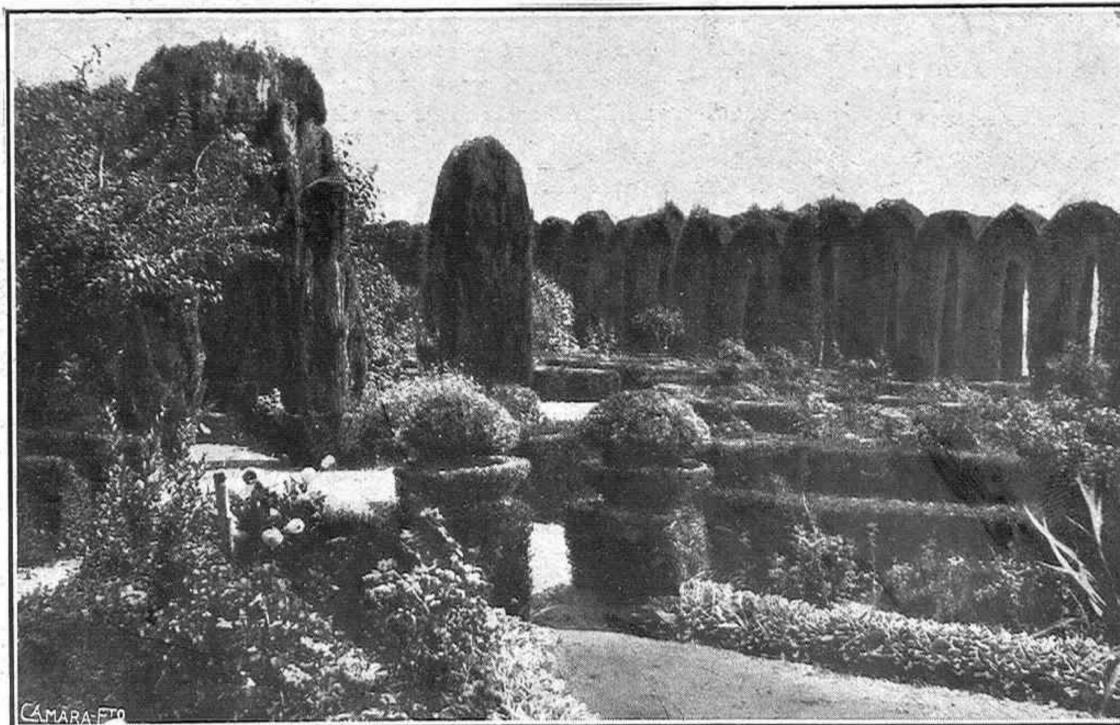
Por donde quiera que recorréis la faz anchurosa de España encontraréis obras de estas manos tenaces que quisieron hacer una nación. De sus antecesores, de sus sucesores apenas encontraréis nada; de Felipe II un monasterio, de Carlos IV unos trabajos de ebanistería que se conservan en Aranjuez... Luego, parece que un hado de perdurabilidad acompaña á las obras que Carlos III emprendiera. Las carreteras no se han desviado del surco que él las trazara, las colonias de Sierra Morena no son mucho más numerosas y prósperas de como las conociera Olavide. Por toda España está la obra viva, firme, recia de aquellas manos que trabajaban para la posteridad, que tenían la noción de que al tiempo lo vence la solidez; así, encontraréis este pensamiento en los canales de riego, en las fortalezas y los castillos, en los montes reposados, en los torrentes encauzados, en las olas contenidas... De toda la obra admirable de reconstrucción nacional que al cabo de un siglo ha habido que invocar como modelo, sólo faltan la cristalería de La Granja, la fábrica del Retiro que destruyeron nuestros amigos los ingleses y la Academia de Infantería que Carlos III estableció en el Puerto de Santa María. Hasta la portada de la platería de Martínez, con su severo aspecto clásico, se sostiene en pie, como un

castillete de chiquillos, esperando un comprador. Hubiera debido conservarse esa muestra del gusto que á toda su obra imprimía Carlos III y utilizarla de pórtico de entrada en algún jardín público; pero puesto que el Ayuntamiento de Madrid desdeña el recuerdo del único gran rey que ha tenido España, ríndanse los puntales que sostienen las ya desvencijadas piedras de aquel pórtico, acábese de desmontar los sillares, que quedan aún hartos testimonios de la grande

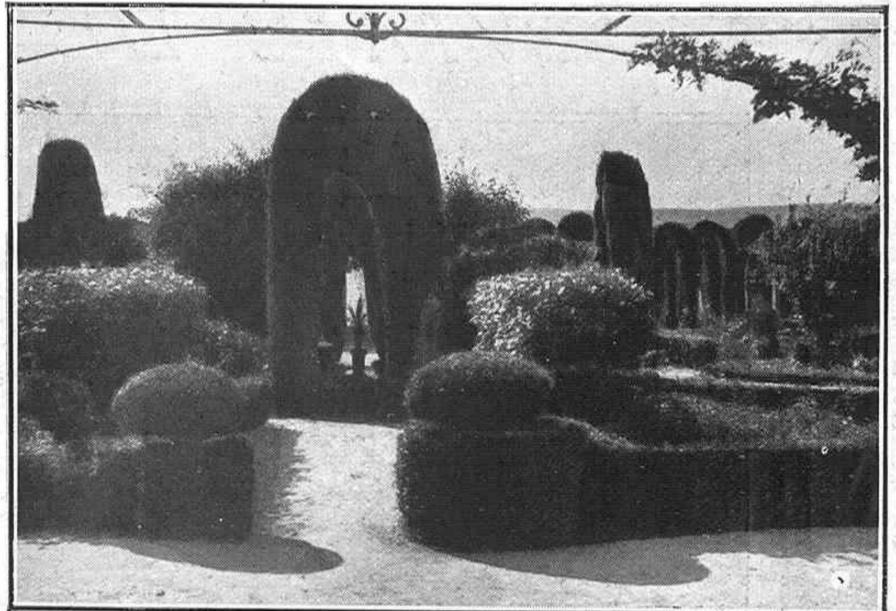
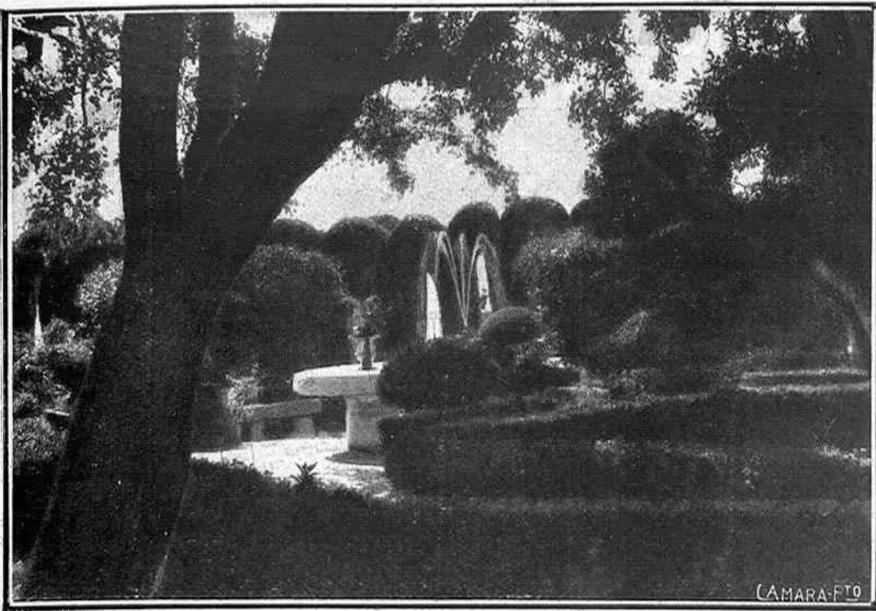
obra de aquel Monarca. Unas manos piadosas, en cambio, cuidaron los singulares jardines de la Real Fábrica de Tejidos de Brihuega, y además, remozada la maquinaria, perfeccionados los procedimientos, siguióse cumpliendo la voluntad del rey, puesto que se siguió tejiendo. Como él pensara, como él apeteciera para todos los establecimientos industriales que fuera creando, cada mañana unos grupos de obreros y de obreras llegaban á su labor, iban creando un

poco de riqueza nacional. No tuvo Carlos III el ensueño de grandes triunfos industriales, sino de toda la nación industrial. A Barcelona misma, donde ya el trabajo doméstico se trocaba en acumulaciones fabriles, le hace concesiones agrícolas; le condona impuestos sobre la tierra y sobre los cultivos, haciéndola volver los ojos hacia la pródiga fecundidad de las campiñas y de las montañas que la rodean. En cambio, lleva el espíritu industrial á las regiones que vivían pobremente apiñadas á su esquilmo terruño.

En un autor olvidado, en Larruga, advertimos el equilibrio y la ponderación con que Carlos III quiere ir librando á España de la tutela extranjera. Su honda preocupación es hacer disminuir las enormes cantidades de oro que pasan la frontera en pago de mil productos que nosotros no fabricamos. El oro que los galeones



Un aspecto del jardín de la real fábrica de Brihuega

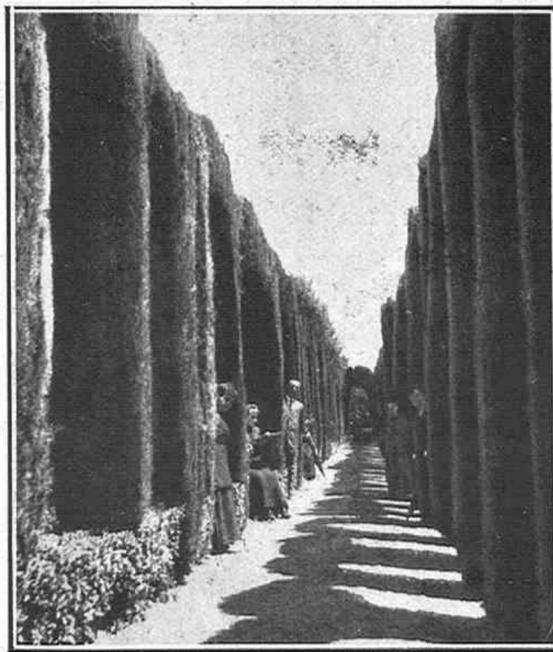


Dos aspectos de los bellos jardines de la real fábrica de tejidos de Brihuega

traen de América se nos va de las manos á manos extranjeras. Carlos III cree que nuestra independencia está en que no necesitemos de nadie, en que nos bastemos á nosotros mismos y en que se detenga aquí aquella corriente de riqueza que parecía inagotable é inacabable.

En vano incita á la iniciativa particular. España no quería trabajar. A lo sumo concebía cavar la tierra, guardar el ganado, ir á correr las aventuras de Indias... Costó gran esfuerzo y mucho rigor conseguir que los hampones de las aulas de Salamanca y Alcalá dejasen una limosna para continuar sus carreras; tanto esfuerzo como someter á las mismas Universidades al poder real. Carlos III, pacientemente, á medida que va comprobando las cantidades de cada clase de mercaderías que entran en España, va creando fábricas que compitan con el extranjero, que hagan disminuir las compras con que la holganza nacional vive esclava del extraño trabajo. Y tiene que hacerlo todo el Rey é improvisarlo todo. Aquí en Brihuega, como en La Granja, no se tiene idea de lo que es una fábrica; hay que traer capataces y maestros extranjeros que van enseñando el manejo de las máquinas y los artificios de la producción.

Acaso, entre los ignorados papeles de Carlos III, quedara el boceto de un mapa ideal de España industrial. Soñaba el Rey con ir llevando á cada región una industria nueva diferente, de tal modo que no hubiera competencias en la producción interior, mientras que oponíamos á la entrada de las manufacturas extranjeras la cantidad suficiente para bastarnos de fronteras adentro. Entonces el oro que



Una calle del jardín de la fábrica

Real Fábrica de Tapices; allá, en Brihuega, la Real Fábrica de Tejidos, tienen espíritus industriales, acaso de los mismos extranjeros que Carlos III trajera para maestros, que continúan la brava empresa de mantener esas industrias. Y pasa sobre ellas todo el alboroto del siglo XIX, con sus invasiones, con sus guerras civiles, con sus revueltas y motines. Como pasó el revuelto siglo XIX, cuyas postrimerías regalaron á España páginas tan desastrosas—triste final de muchos años de luchas encendidas por las ambiciones desatadas—, como pasó aquel siglo, lleva el presente trazas de pasar también.

La Humanidad está en crisis, Europa arde en la guerra más tremenda que vieron los siglos, hay un constante fracaso de ideas y una quiebra inesperada de sentimientos.

En este trance, ha sido España sorprendida con los brazos cruzados, ya olvidada enteramente de las sangrientas lecciones de la Historia. Y no pretende abrirlos, para oponerse á las angustias del presente ni preparándose para las luchas económicas del porvenir.

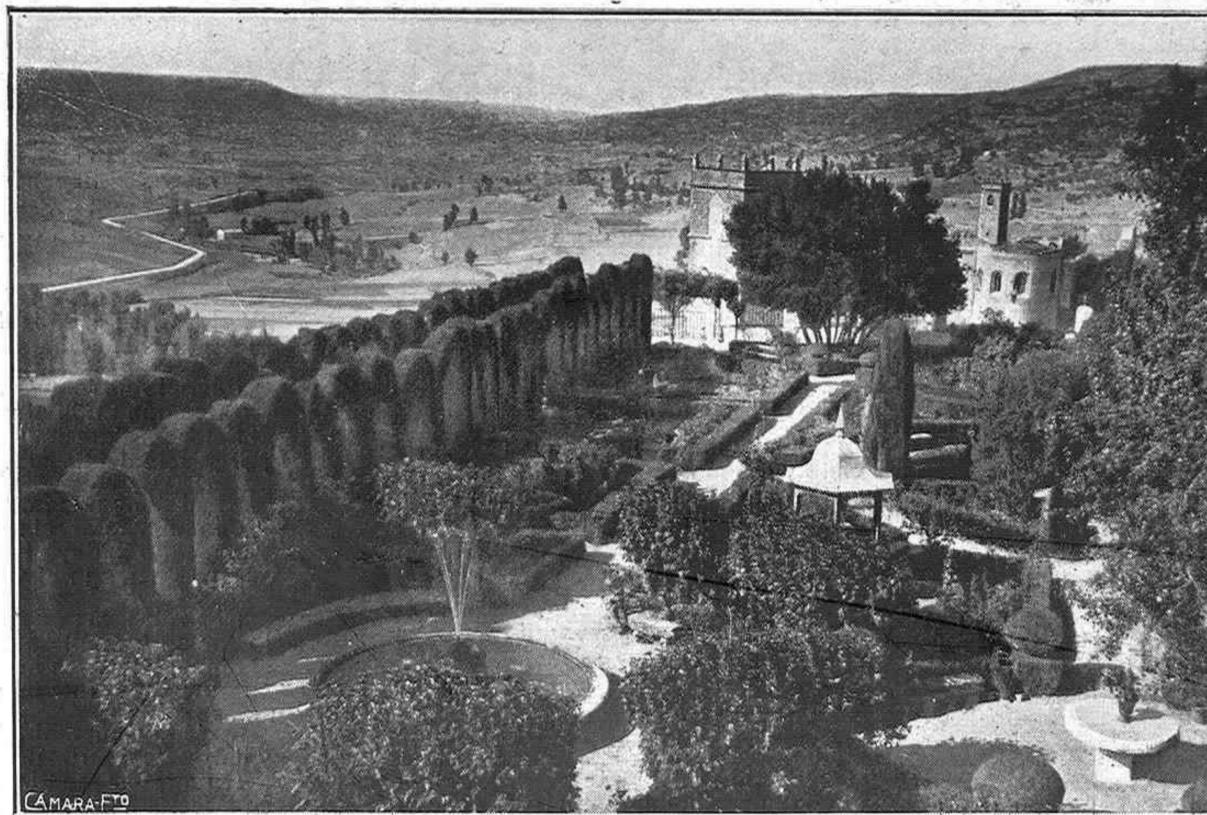
Los gobernantes, vacilantes y medrosos, como si caminaran entre sombras, permanecen inactivos, indiferentes al espectáculo de la tierra en escombros, bienhallados con su fortuna, y el pueblo, este pueblo lleno de masedumbre, siente y padece como nunca la fiebre que se incubaba en los cosos taurinos y justifica á marañando el remoquete que antaño le aplicaron, no por cierto ligeramente, llamándole pueblo de pan y toros.

Los españoles hacen de todo menos trabajar, y, sin embargo, como si las amparara el hada de la perdurabilidad que acompaña á casi todas las obras de Carlos III, esas industrias viven, sin privilegios que debieran tener, sin protección del Estado que debieran gozar.

Unas manos patriotas, unas manos artísticas, cuidan ese singular jardín de la Real Fábrica de tejidos de Brihuega. Nos parece ese un homenaje más vivo, más español á la memoria de Carlos III que el que puedan representar La Granja para Felipe V y El Pardo para Carlos IV.

Habrán plumas que loen el reinado de aventura, de alegría y de lujo del que aún suele ser llamado el Rey poeta. Siempre fueron propicias á la poesía la danza, la cetrería y el amor. Pero siempre será mayor la gloria de Carlos IV, porque recuerdan su nombre las fuentes, los telares y los caminos.

MÍNIMO ESPAÑOL



Vista de los jardines de la real fábrica de Brihuega, que fundó Carlos III y que hoy es propiedad de los señores de Cabañas

FOTS. ASENJO

Aquí, en Madrid, la

VIAJE DE JUVENTUD



Un alba de Mayo, mi nave velera
zarpó hacia remotas, quiméricas playas.
Cantaba en mi sangre la azul Primavera.
La ajena experiencia clamó: —¡No te vayas!...

En las inquietudes del postrer instante,
de la despedida la amarga cicuta
libando, y rehuyendo mirar á la amante,
pensaba, la víspera de emprender la ruta:

«Quizás una noche, mi nave, la Idea
con vientos violentos de duda combata,
y dé mi cadáver después la marea
á tierra, ¡vistiéndome la luna de plata!

Acaso desgajen el mástil gallardo
las locas pasiones en rojo huracán.
...O tal vez el hielo me clave su dardo,
la ruta me obstruya y apague mi afán.

Quizás, al brindarme sus magas canciones
las fascinadoras sirenas, sucumba
el alma en el vórtice de las tentaciones
y en valles marinos mi nave halle tumba...»

... Cerré mis sentidos á viejos temores;
solté las amarras y, el ancla levando,
con vientos propicios, ¡á tierras mejores
rumbé entre canciones, del agua al son blando!

Heridos de muerte, los sueños costeros
lloraban mi ausencia, del mar á la orilla...

Mas yo iba anhelante de nuevos ensueños.
¡Apenas rozaba las ondas la quilla!

La tierra, en el vago confín, se esfumaba...
Como una paloma, latía un pañuelo:
La novia, que, tímida, quedaba allí esclava.
Después..., tras mi nave, el mar se unió al cielo.

La brisa marina combaba las velas.
Las olas hendía la lanza de proa
veloz... De la espuma las blancas estelas
de besos de oro sembraba la Aurora.

Era la mañana de luz... Reían Mayo,
el cielo y los mares... ¡Y el alma reía!
Ungiose mi frente, del Sol bajo el rayo
pristino. ¡Fué el beso de mi epifanía!

«¡Avante, alma mía, con rumbo al Ensueño!»
—gritaban mis años de azul optimismo.
Mostraba el paisaje su rostro risueño,
y el alma fué avante... cruzando el abismo.

Seguí avanzando... La lona iba henchida
de brisas eternas... —La vida es viaje
desde un olvidado lugar de partida
hasta un prometido é ignoto paraje—.

Vagaba sin brújula mi nave... Su pauta
fué la onda errabunda ó el viento sonoro;
mi fe, la de Jason, y, nuevo argonauta,
¡buscando iba el mago vellocino de oro!

Mas, esta mañana, el yodo marino
se trueca, en llegando á mi alma en suave
aroma olvidado... —¡Alma, el vellocino
áureo es Ella...! ¡Vira, timonel, la nave!

La brisa me anuncia su amable fragancia.
«¡Es Ella!»—suspira la lira del viento...
¡Y el Sol, en el cáliz de mi ánimo, escancia
el santo rocío del renunciamiento!

Favonio su impulso da al recio velámen.
No riza una onda el mar claro y terso...
—Retorna, alma nómada: ¡yo haré que te aclamen
por gracia del lírico blasón de mi Verso!

Ni mi ánima duda, ni el miedo me asalta.
Enfilo la proa al reino lejano,
y haciendo atalaya la cofa más alta,
sereno interrogo al vasto Oceano.

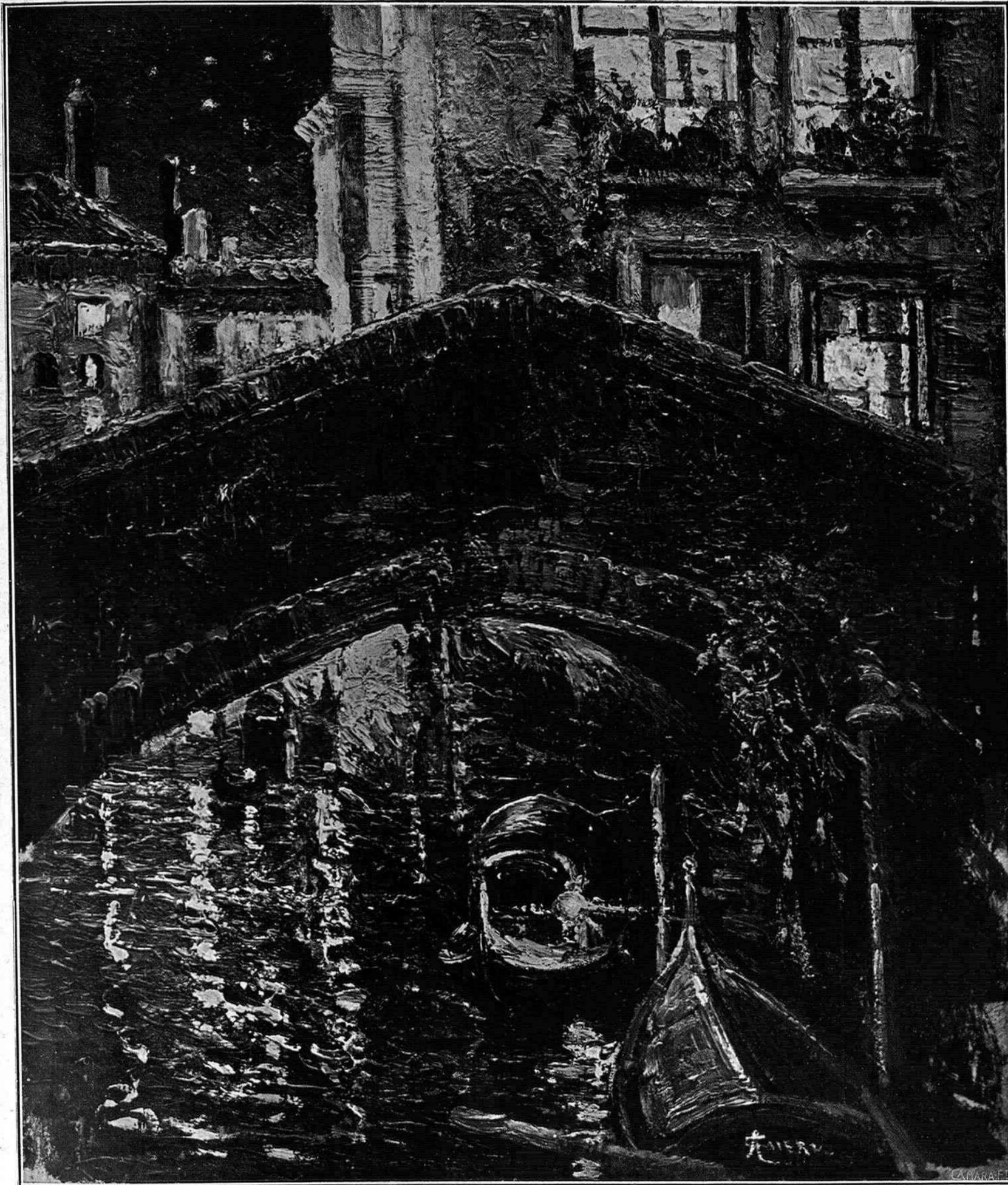
¡No valen mis sueños y locos empeños
lo que su fragante sonrisa perlina,
el día en que vean sus ojos risueños
sobre el horizonte mi vela latina!...

Reirá el campanil... La geórgica flauta
y el gay tamboril ritmarán su son...
¡Será á la mañana la vuelta del nauta,
en Pascua florida de Resurrección!

JUAN GONZÁLEZ OLMEDILLA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

ARTE CONTEMPORÁNEO



“Puente del pasadizo de Santa Clara” (Venecia), cuadro de Andrés Cuervo

¡Venecia! ¡Palabra rutilante y ungida de soñadoras evocaciones. Se sumerge el alma en tí como en un baño de idealismo, como en una redención nobilísima de la vulgaridad y el prosaísmo cotidianos. Desde varios siglos la ciudad de los Dux es la inspiradora de artistas, poetas y novelistas de un modo fructífero en emociones. A la sombra de sus palacios nobiliarios, de sus templos de extraordinaria belleza, y acunada por el rumor soñoliento de sus aguas, la reina del Adriático proseguía en su eterna prodigalidad generosa de estéticos dones. ¡No importa que á ella acudieran las caravanas de turistas indocumentados é insensibles! No importa que los gondoleros canten con voz aguardentosa canciones absurdas mientras sus pértigas remueven el limo pestilente de las lagunas; no importa que al amparo sentimental de su pasado fastuoso y galante

se hayan escrito muchas páginas mediocres. En cambio se recuerda todo el prodigioso renacimiento pictórico que había de dar el nombre de la escuela veneciana al período magnífico de la pintura italiana. Se piensa también en las páginas encantadoras del Canaletto, de Ziem. Surgen las páginas encendidas de Ruskin, de Taine, de D'Annunzio... Y en la calma profunda de los vésperos, las sombras de Musset y de Jorge Sand cruzan inquietas de amor y de locura. Pero la más extraordinaria fuerza emotiva de los paisajes venecianos no brota de las pretéritas bellezas nacidas de su contemplación, sino de lo que se presiente como una fatalidad, del día en que las naves trágicas vuelen sobre los canales dormidos y los palacios y los templos, y los museos de un arte que dijo ya su última palabra hace tres siglos...

ESTEREO
1910

LEYENDAS Y TRADICIONES
CARLOS II, EL HECHIZADO

ENTRE las contadas obras de esa historia particular y anecdótica, siempre más interesante, amena é instructiva que la general, figuran *Las Memorias de la corte de España*, de la condesa de Aulnoy; libro lleno de esos pormenores, detalles y episodios que sólo la curiosidad de una mujer es capaz de recoger, y sólo una inteligencia muy femenina, susceptible de agrupar y relacionar. Como cuadro de costumbres de una época agitada y turbulenta, es inapreciable, siendo su mérito para nosotros excepcional, por la serie de anécdotas que relata y las leyendas de que se hace eco.

Conste que este libro está dedicado exclusivamente al estudio de la corte de Carlos II el Hechizado. Su autora, distinguida é ilustre literata francesa, por la amistad que le dispensaba la desventurada reina María Luisa de Orleans, esposa del citado Carlos, era quizás la única persona capacitada para aquella ardua misión. ¡Pobre reina María Luisa! Su figura se destaca en aquel cuadro sombrío y tétrico con relieves sentimentales y conmovedores. La compadecemos y admiramos. En aquella procesión de sombras, ella es luz de poesía y dolor. Conducenla á fiestas de sangre—corridas de toros y autos de fe—y resignada y afligida, ve cómo su corazón se parte presenciando aquellos espectáculos crueles. Es una camelia que lentamente vase marchitando, en medio de las turbulencias, luchas, odios é intrigas de aquella época. Adorada por su esposo, languidece y muere de nostalgia. Los celos de Carlos la martirizan; la intransigencia de sus ayas, damas y cortesanas la hiere. Porque ella ama todo lo existente en el dulce panteísmo de su espíritu jovial, y allí constantemente se le dice que aquel dulcísimo amor de amar es delictivo y pecaminoso.

Aunque incapaz de experimentar las convulsiones de la rebeldía, llega un momento en que quiere romper las cadenas que la oprimen. Es un instante de indignación: un minuto no más de soberbia. Su alma, próxima ya á la esclavitud, se subleva. Y abofetea en plena corte á la duquesa de Terranova, que había matado á dos loros que la pobre reina tenía, por el doble delito de ser animales indefensos y hablar ó repetir palabras francesas...

Estas disquisiciones nos llevarían muy lejos, haciéndonos entrar en el terreno vedado de la secular crueldad de nuestra raza. Hagamos punto aquí, y prescindiendo de aquellas consideraciones, entremos de lleno á relatar uno de los episodios que la condesa de Aulnoy nos cuenta y es propio de la índole de este artículo...

Era el noble marqués de Astorga un buen hidalgo español, dotado de todos aquellos medios que la fortuna otorga al que quiere hacer feliz. Rico, espléndido, dadivoso, liberal, compasivo

con el débil y soberbio con el fuerte, pasaba la existencia consagrado á disfrutar los placeres que la suerte le proporcionaba. Era enamorado y galán, no á la usanza licenciosa y donjuanesca, cínica y vituperable de los seductores profesionales, sino á la manera de aquellos hombres cuyo corazón vive en perpetua fiesta de juventud. Pasaban los años dulcemente para aquel prócer, que en el jardín de la vida había cogido las sazonadas manzanas del amor humano. Y un día, próxima ya

Como era natural, no tardaron los celos en hacer presa en el corazón de la esposa del marqués; pero unos celos horribles, iracundos, sanguinarios.

Aquella dama, de recio y fiero temple de alma, tampoco sabía lo que era la resignación. Lejos de ella las dulzuras de un corazón dispuesto al sacrificio, constantemente hacía víctima á su marido de sus ruidosas querellas. El, inmutable, seguía en pos de aquella muchacha por un camino lleno de luz. Hasta que un día...

Estaba ausente el marqués, que había salido á una expedición cinegética. Llegada la fecha de su regreso, cuando retornó á Madrid, quiso volver á ver á su adorada. ¡Inútil empeño! Nadie sabía darle noticias de su paradero. En vano indagó, suplicó y amenazó. Su amante había desaparecido.

Triste era la cena aquella noche de presagios dolorosos. Callaban los marqueses ante la muda consternación de los criados que les servían en silencio. Apenas comían. Los manjares eran retirados recién servidos. Así se deslizaba la velada, hasta que al llegar el turno á uno de los platos de los que se componía la cena, oyeron todos á la marquesa que decía con áspera, convulsa, trémula voz á su esposo:

Come. Que aquí está el corazón de esa mujer que tanto has querido y tanto has buscado...

Pudieron salvar á la marquesa de las manos de su esposo. ¡Era verdad! Allí estaba el corazón de su amante. Registrando el palacio, hallaron la cabeza de la pobre niña, mal escondida en un desván polvoriento... La tragedia había bati-do sus negras alas sobre todos los actores de este horrible drama... Y pasaba el tiempo. La marquesa, recluida en un convento, había perdido la razón. Estaba loca: loca de amor y de celos. En cuanto al pobre marqués, viejo en unas horas, aguardaba la muerte con desesperada calma; porque en ella, en la Implacable, en la Pálida, en la Enemiga, era donde únicamente podría lograr la anhelada paz su corazón.

¡Corte de Carlos II!... Con el prestigio de tus consejas, de tus leyendas y de tus tradiciones vives aún en la memoria de artistas y poetas, historiadores y novelistas. Y aunque transcurren los siglos, no estás tan enterrada que no nos sorprendas todavía con un episodio, un dato ó un capítulo desconocido, emocionante y trágico. Fuiste el marco que abrazó el cuadro de la decadencia de un pueblo. Y es por esto por lo que es de tanto interés tu estudio, porque al descubrir tu espíritu sentimental y cruel, supersticioso y cínico, creyente y vano, parece que asistimos á los magnos funerales de una nación épica y gigante...

JUAN LOPEZ NUÑEZ

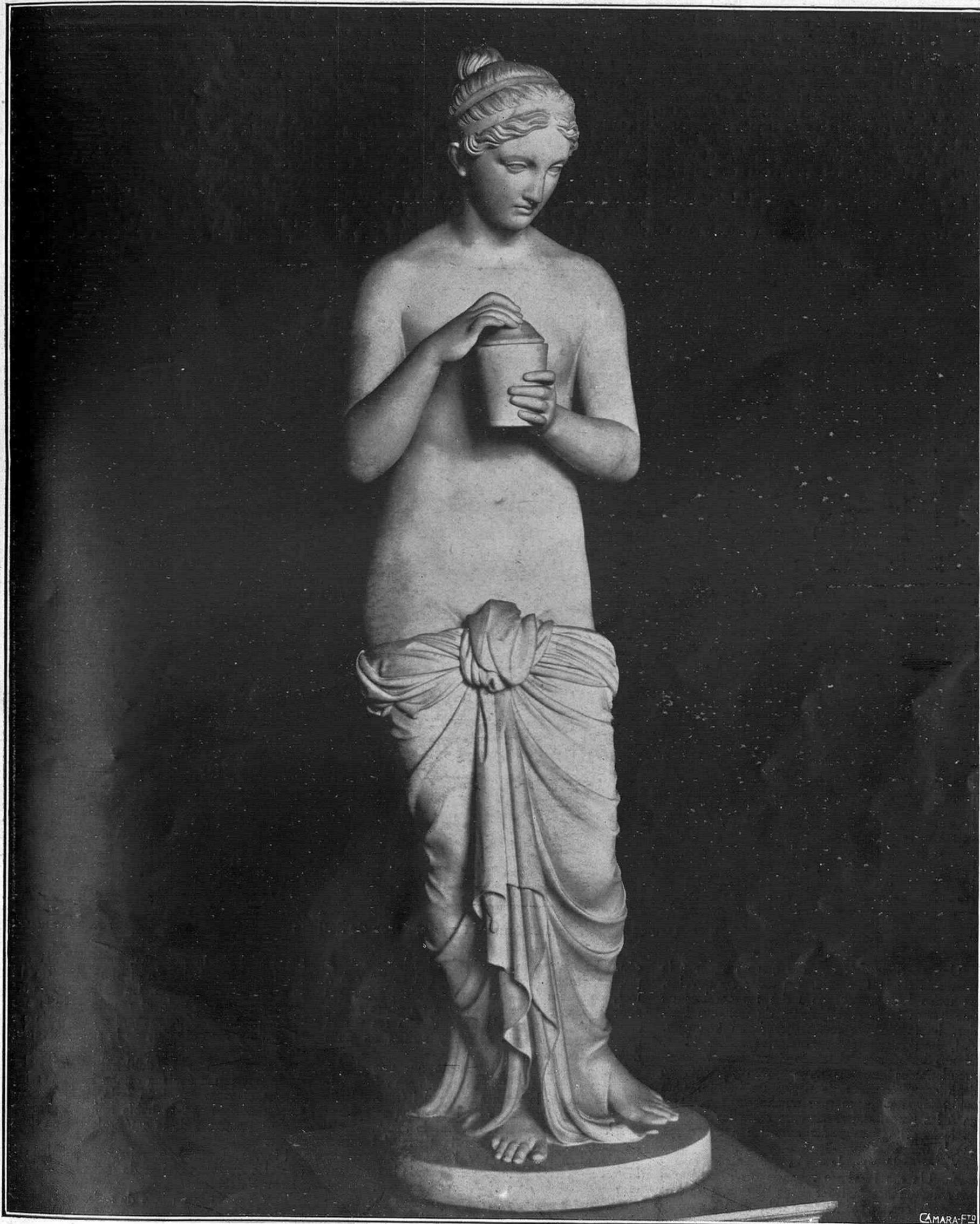


Retrato de Don Carlos II, pintado por Carreño, existente en el Museo del Prado

la vejez naciente, que empezaba á llenar de nieve su cabeza altiva, conoció á una joven de singular hermosura. Y el triste y al mismo tiempo hermoso símbolo de Fausto y Margarita, del último y postrero amor, que anhela el amor primero de un corazón virginal, tuvo en aquel idilio una nueva confirmación. ¡Oh, amor de virgen, que orea el corazón yerto y cansado con el perfume de tempranas rosas!... Entregado á él vivía el bueno del marqués. Estaba casado; pero el matrimonio sólo había sido para él un accidente. Hombres como aquel tardamente se resignan á la esclavitud perdurable de un solo y único afecto, cuando hay tantos en el mundo...

El marqués de Astorga era chambelán de la joven reina...

EL ARTE MODERNO DANÉS



PSIQUIS, escultura de Bartolomé Thorwaldsen, existente en el Museo de Bellas Artes, de Berlín

CÁMARA-F19

EL LAZO DE SEDA AZUL

FRONTE á nuestros balcones se abre otro balcón. Todo él está lleno de macetas y de cajones con tierras de las que brotan plantas distintas. Hasta tal punto abundan que no hay sitio en la losa para poner un pie. Una escalera pintada de verde está como incrustada en un extremo, y en sus peldaños se alinean más tiestos: los de abajo, grandes; los de arriba, pequeños. En la primavera nacen flores diferentes. Hay también dos arbustos crecidos, y, sobre el conjunto, en el dintel, una jaula con un pájaro alegre.

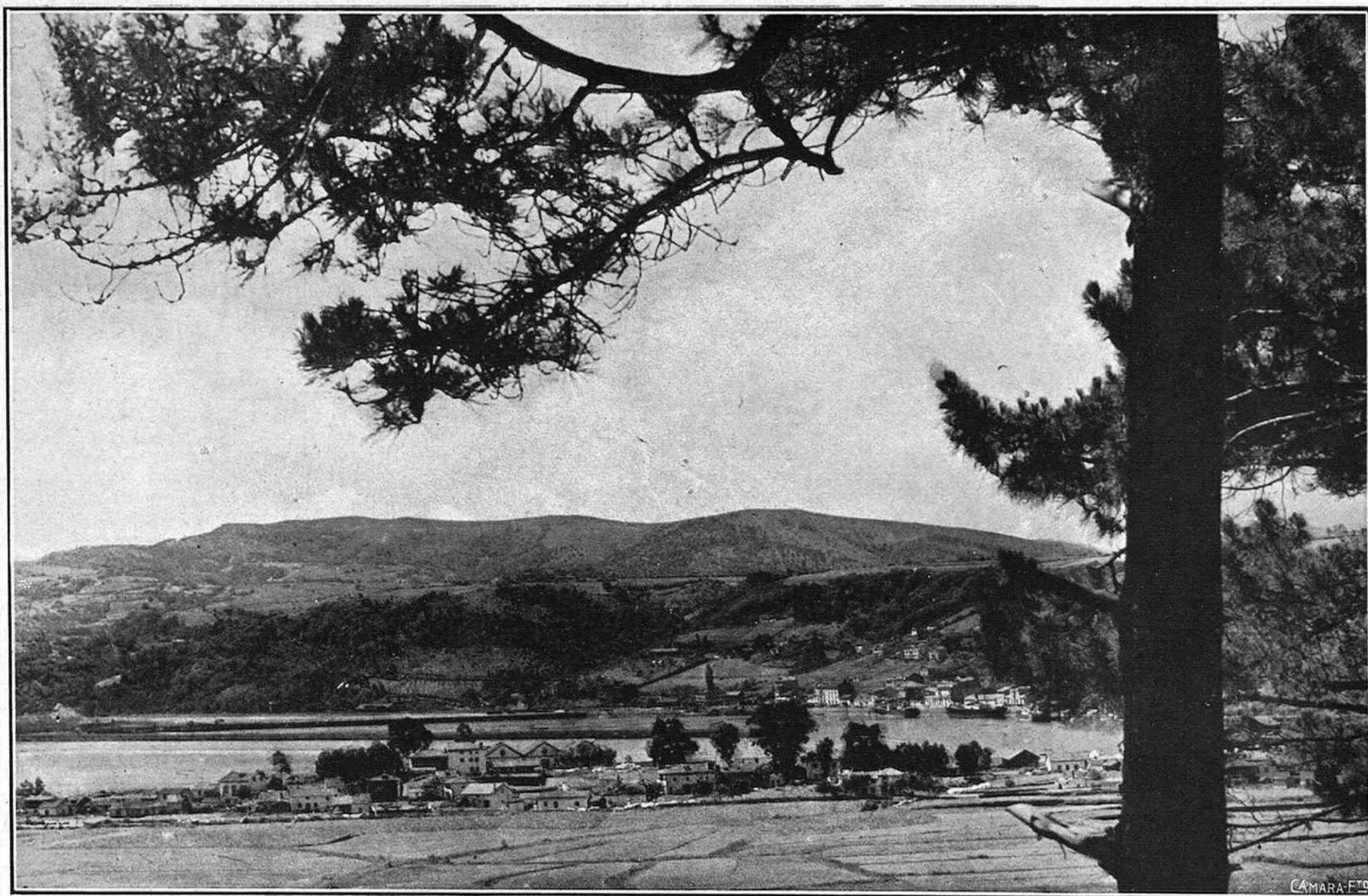
La primera vez que vimos este balcón, pensamos:

—Tras esas persianas vive una mujer joven y hermosa.

hojas, su rostro tiene una expresión de ternura. Sabemos quién es: ha vivido la anciana en un pueblo de la costa de Asturias, donde el mar hierve en las barras y las carreteras tienen toldos de verdor. Acaso en la vieja Tapia, acaso junto al turbio Navia, acaso en las blancas casitas de San Esteban, donde duerme siempre el mar y un castillo, en lo alto, llena el paisaje de romanticismo. El hijo ambicioso ó la hija casada, la han traído á Madrid. En Madrid, la mujer tenía la nostalgia de sus horizontes de verdura, tal vez de algún jardín que ella cultivase, y de las pomaradas que en Abril se llenaban con la nieve de sus flores, y de las montañas suaves y redondeadas como pechos de mujer. Poco á poco, la arrastró su añoranza á llenar de plantas su bal-

ñir bajo las puertas, se revolverá desasosegada en el lecho, pensando en que quizás pueda dañar la ramita débil que sostiene el fruto.

La manzana va creciendo, creciendo. ¡Oh, es un buen ejemplar!... Está visiblemente orgullosa la anciana. Cuando madure, cuando tome un matiz amarillento, de oro nuevo, la vieja hablará á todas horas del fenómeno. Quizás ahora no sepa hablar ya de otra cosa. Alguien le dirá: «Hay que comerla», y ella se apenará ante la idea de que unos dientes se claven en la pulpa jugosa y que el zumo—¡blanca y azucarada y cándida sangre!—resbale por las comisuras de unos labios golosos. Entonces defenderá el fruto; pretextará que no está maduro aún. Cuando se presente una pequeña mancha oscura en la



Una vista de San Esteban de Pravia, cerca de Salinas

FOT. KURT HIRLSCHER

Uno no tiene más remedio que sucumbir á la influencia de la literatura. En todas las novelas, en todos los cuentos, en todas las crónicas en que hemos leído descripciones de ventanas floridas, había siempre una mujer joven y guapa. Así, involuntariamente, asociamos ambas ideas. Si nos hubiéramos detenido á reflexionar, comprenderíamos que una mujer joven y guapa no llena completamente de tiestos un balcón. Una mujer joven y guapa, por mucho amor que tenga á las flores, dejará siempre entre las macetas un huequico para poder asomarse á mirar y á que la miren.

Y, naturalmente, la mujer del balcón es anciana. Un día la vimos regando sus plantas con una solicitud maternal. Es delgada, es alta, es triste; pero cuando se inclina sobre sus tiestos y los riega meticulosamente, ó coge con sus dedos huesosos un caracol que ha llegado, no se sabe de dónde, hasta las flores, ó limpia de polvo las

cón. Por las tardes, terminadas las labores caseras, se sentará tras los cristales á calcetar ó á leer, con unos lentes de aro de plata sobre sus narices. Las plantas le enviarán un verde reflejo que la hará más pálida aún. Y ella las mirará amorosamente cuando quiera y sentirá un poco dulcificadas sus melancolías.

Cierta vez hemos descubierto que uno de los arbustos es un manzano. En una de sus ramas delgadas se inició la traza esférica del fruto. Desde entonces, las atenciones de la anciana se refieren preferentemente á él. Lo cuida, lo mimó, lo observa, quita piedrecitas de la tierra del cajón, limpia el polvo hoja por hoja, se abstrae en la contemplación del arbusto. Cuando le toca, advertimos que hay un temblor de emoción en sus manos. El arbolito es para ella como una mujer encinta, y toda su ansia maternal, femenina, se revela en la atención minuciosa con que lo cuida. De noche, cuando la anciana siente el viento gru-

tenue piel de la manzana, comprenderá que es preciso desprenderla. En el plato más fino el fruto aparecerá en la mesa. La anciana lo partirá en trocitos para que todo el mundo pruebe aquella gloria de Dios. Y encontrará en su pedazo todo el aroma y todo el sabor de la siempre verde tierra lejana.

Estos días, la rama doblegábase bajo el peso de la poma. La anciana estaba inquieta; intentó apoyar el fruto en algún lado, buscó, caviló... Comprendimos que se había retirado preocupada y triste, temerosa de la catástrofe de un desgajamiento.

Hoy, al levantarnos, miramos al balcón frontero. La manzana está atada por su peciolo á los hierros del balcón.

Está atada con un lazo de seda azul, amorosamente hecho.

W. FERNANDEZ-FLOREZ